

LITERATURA DE LA PROVINCIA DE DE CELENDÍN



Organización
de los Estados
Ibero-americanos
Para la Educación,
la Ciencia
y la Cultura



Organización
de Estados
Iberoamericanos
Para la Educación,
la Ciencia
y la Cultura



PERÚ

Ministerio
de Educación

Dirección Regional de
Educación de Cajamarca

ENCENDER LECTURAS SIN APAGAR CULTURAS

COMPILADOR
Antonio Goicochea Cruzado

Literatura de la provincia
de CELENDÍN

ENCENDER LECTURAS SIN APAGAR CULTURAS

EDITADO POR:
**Organización de Estados
Iberoamericanos
OEI**

LEY SOBRE EL DERECHO DE AUTOR

Decreto legislativo No. 822 de 1996

TITULO IV DE LOS LÍMITES AL DERECHO DE EXPLOTACIÓN Y DE SU DURACIÓN

CAPITULO I DE LOS LÍMITES AL DERECHO DE EXPLOTACIÓN

Artículo 43- Respecto de las obras ya divulgadas lícitamente, es permitida sin autorización del autor:

- a. La reproducción por medios reprográficos, para la enseñanza o la realización de exámenes en instituciones educativas, siempre que no haya fines de lucro y en la medida justificada por el objetivo perseguido, de artículos o de breves extractos de obras lícitamente publicadas, a condición de que tal utilización se haga conforme a los usos honrados y que la misma no sea objeto de venta u otra transacción a título oneroso, ni tenga directa o indirectamente fines de lucro.

Título

Encender lecturas sin apagar culturas

Literatura de la provincia de Celendín

Compilador

Antonio Goicochea Cruzado

Editor

Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI)

Calle San Ignacio de Loyola 554 Miraflores – Lima 18

Teléfono 5187200 Fax 243-0605

www.oeperu.org

Coordinador OEI en Lima

Daniel Quineche Meza

Coordinador OEI en Cajamarca

Antonio Goicochea Cruzado

Revisión técnica

Milagritos Huertas Quezada

Diseño y diagramación

Hungría Alipio S.

El título pertenece © al Dr. Alfredo Mires Ortiz de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca. El autor y la Red han cedido con carácter no oneroso su uso para titular a esta antología.

Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto "Maestros itinerantes. Apoyo a las escuelas rurales", con la asesoría técnica de la Organización de Estados Iberoamericanos y el financiamiento de la Comunidad de Madrid.

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú

Nº 2010-17213

ISBN: 978-612-45538-8-2

Impresión

Editorial Roel S.A.C

Pasaje Miguel Valcárcel 361 Urb. San Francisco – ATE

Primera edición, diciembre 2010

Tiraje: 2000

A pesar de contar con la autorización de los autores, por sí alguno desistiera de ella o en el caso de autores fallecidos los deudos reclamaren regalías, a pesar de que este será de distribución gratuita, hacemos de su conocimiento que este libro se hace en concordancia con lo dispuesto por la legislación peruana vigente sobre derechos de autor, Ley 13714, Art. 69, que a la letra dice:

"Pueden ser reproducidos y difundidos breves fragmentos de obras literarias, científicas y artísticas, y aun la obra entera, si su breve extensión y naturaleza los justifican; siempre que la reproducción se haga con fines culturales y no comerciales, y que ella no entrañe competencia desleal para el autor en cuanto al aprovechamiento pecuniario de la obra, debiendo indicarse, en todo caso el nombre del autor, el título de la obra y la fuente de donde se hubieren tomado."

Agradecimientos

Hacemos público nuestro agradecimiento:

A los autores, que nos han hecho llegar sus textos y no han requerido derechos de autor.

A los dueños de las páginas web al proporcionarnos textos, gráficos y fotografías que insertamos en este libro.

Un agradecimiento especial al Profesor Juan Paredes Azañero, dueño de www.cajamarca-sucesos.com/ de donde hemos extractado muchos textos que insertamos en nuestra bibliografía.

PRESENTACIÓN

Estimado lector, bienvenido a este escenario cultural: el libro, que te conducirá al conocimiento con gozo de las tradiciones, mitos, leyendas, cuentos y relatos costumbristas de tu comunidad, narrados por distinguidos cajamarquinos.

Las lecturas acopiadas en este libro son una muestra significativa de relatos y cuentos de diferentes estilos y escuelas que, consideramos, tienen una enorme carga motivacional para tí, amigo lector.

La tarea de conformar una antología es intrínsecamente difícil, una clasificación casi siempre con parámetros establecidos por el antologado y la población objetivo –alumnos de educación primaria de escuelas rurales de las provincias de Cajamarca, Celendín y San Miguel la región Cajamarca– a los que está destinada la constriñen, la restringen además las razones de espacio. Otra de las razones es que como en toda clasificación se hace materialmente imposible incluir a todos los narradores ya que, por obvias razones “no son todos los que están, ni están todos los que son”. Sin embargo están narradores cajamarquinos, clásicos y jóvenes, y del medio rural. Salvo los no publicados y por lo que no tenemos conocimiento de su existencia

Las transcripciones son fieles de los manuscritos alcanzados y de las bibliografías citadas.

Esta actividad responde a la necesidad que plantea la diversificación del currículo, mejor dicho, de su adecuación a las características

particulares del contexto, de contar con materiales de lectura sobre aspectos de la realidad local en el entendido que sólo se ama lo que se conoce; el pueblo amará su cultura en medida que la conozca y cuando los niños disfruten en su lectura, por placer, de esta cosecha literaria, habremos logrado nuestro propósito; y, si se proyecta a generaciones venideras, nuestro logro será mejor.

La adecuación curricular a las condiciones del contexto en el propio escenario laboral, desde su inicio ha sido un desafío permanente para concretar la intención normativa. Este desafío fue acogido por el proyecto “Maestros Itinerante: Apoyo a las escuelas rurales”, que optó por la estrategia del acompañamiento pedagógico de los maestros de aula del tercer grado de Primaria por un maestro itinerante calificado para tal acción, siendo el escenario de trabajo el aula, la escuela, los hogares y las comunidades rurales del entorno.

El proyecto fue concebido con el objetivo general de contribuir con la mejora de la calidad de la educación primaria en las escuelas multigrado de las comunidades rurales, particularmente de los aprendizajes de los estudiantes en comprensión lectora y escritura y en pensamiento lógico matemático.

El proyecto ha sido desarrollado por la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI) y la Comunidad de Madrid, en coordinación con la Dirección Regional de Educación de la Región Cajamarca en 48 instituciones educativas multigrado de las provincias de Cajamarca, Celendín y San Miguel, de la región Cajamarca en el periodo 2009–2010.

En este espacio agradecemos a los narradores de Cajamarca o Celendín o San Miguel (según sea el caso) que nos han alcanzado sus creaciones, por lo que en nombre de la niñez beneficiaria les manifestamos nuestro agradecimiento.

La OEI.



ENCENDER LECTURAS SIN APAGAR CULTURAS

Alfredo Mires Ortiz

Con el nombre “Encender lecturas sin apagar culturas: la experiencia de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca”, Alfredo Mires Ortiz, Asesor de la Red, enfatizó la trascendencia y el rol que cumple la biblioteca durante la conferencia: “Desafíos y respuestas desde América Latina”, realizada en Lima, en marzo del 2009. Aquí algunos extractos:

¿Sobre qué bases se construyen los sistemas de información y con qué criterios funcionan los mecanismos de transmisión del conocimiento?; ¿qué rol han jugado los libros en una historia plagada de prepotencias invasivas y entusiasta compulsión de los olvidos?; ¿cuál ha sido y sigue siendo el rol de la educación en esta pugna de supresiones y persistencias?; ¿en qué lado de esta historia colonizante se han ubicado las bibliotecas?

Para nosotros está claro que la biblioteca no puede ser un agente colonizador y es demasiado el tiempo en el que la historia se ha escrito para anestesiar la osadía.

El tiempo no debe seguir pasando sin que escribamos nuestra propia historia, reivindicando la capacidad de sobrevivir de nuestros esenciales saberes. Lo contrario es seguir auto imponiéndonos el totalitarismo, cerrándole el paso a la obstinación de la memoria y a la insurgencia de lo genuino.

El arrogarse la facultad de pensar por los otros –y desde lejos– también sería historia pasada si no fuera porque la cultura dominante continúa gratificando el oscurantismo, azuzando procederes genuflexos, mecanizando la reverencia indebida y exorcizando la pasión de crear y recrear desde la hondura más nuestra.

Nosotros creemos que –por naturaleza– una biblioteca pública debería ser multicultural. Una biblioteca monocultural es intolerante, más aún en países como los nuestros, en los que anida una diversidad casi sin límites, tanto que puede resultar extraño hablar de “interculturalidad” en espacios pluriculturales, en los que la expresión de las diferencias se supone inherente a las prácticas sociales.

Vale la pena preguntarnos desde qué raíces estamos concibiendo el futuro de nuestras bibliotecas y con qué materiales estamos construyendo el sentido de sus trajines. Una biblioteca puede resemantizarse nutriéndose de su propia fuente y sin entronizar la administración del espíritu ni patrocinar la exclusión de las voces.

Urge revisar el rol político que han cumplido y cumplen las bibliotecas como mecanismos de información y formación. Porque ni los libros ni el ejercicio de la lectura son neutrales: el sentido del quehacer bibliotecario puede situarnos como sujetos de la arbitrariedad hegemónica o como protagonistas de la instauración de la paz y de una sociedad respetuosa, justa e igualitaria.

Desde esa óptica, no hay un modelo preeminente de biblioteca –por bueno que parezca– si no se enhebra con el tejido de la realidad que lo demanda.

EL PLAN LECTOR

DESAFÍO DE UN PLAN LECTOR MOTIVADO POR LA LITERATURA REGIONAL

Por Ricardo Ayllón

Lima 2009

Tomando como premisa uno de los objetivos básicos del Plan Lector, el de incentivar el hábito de la lectura entre los estudiantes y la comunidad educativa en general, es necesario precisar que por comunidad educativa debemos entender que ésta involucra a todo el grupo humano de una localidad. Tal premisa servirá para entender la literatura (material de lectura) como el producto de la autenticidad creativa de este grupo, como el resultado de su identificación con el medio inmediato y, en este sentido, poder llevar al estudiante a un ámbito temático y espacial en el que se vea reconocido. En otras palabras, incentivar la lectura a partir de obras literarias con temas, personajes, motivos y sucesos propios de la comunidad a la que pertenece el grupo lector.

Uno de los secretos del gusto por la lectura y el goce de aproximarse a la literatura, reside en que el lector (en el caso de la narrativa, por ejemplo) se vea inmerso en los universos recreados por el escritor, en los escenarios donde se desarrollan los hechos materia de fabulación. Además de tomar como referencia la edad y nivel intelectual del lector (categorías que sin duda van de la mano), es necesario partir de su referente cultural y de su origen social. Uno de los éxitos de que libro y lector

se complementen en una interrelación activa y fructífera, reside en que el tema constituya un lugar común entre ambos, tomando en cuenta criterios estéticos que no estén divorciados de la concepción de “sociedad” manejada por cada lector; y pensando en la cultura democrática y de equidad que mueve a toda comunidad.

La responsabilidad primigenia del orientador de la lectura (el educador), reside en que éste debe visualizar cada caso concreto por aula o institución educativa, y tomar la decisión respecto del material bibliográfico con el que trabajará basándose en estos criterios de selección. Preguntarse si los libros con los que trabajará satisfacen las expectativas temáticas de los estudiantes.

Quienes seguimos de cerca el proceso de lo que en el Perú denominamos literatura regional, hemos descubierto los resultados gananciales de iniciar al lector de primaria en la lectura de historias y poemas referidos a su ámbito inmediato. El acercamiento del pequeño lector a la literatura partiendo de aquella que se produce en su propio medio, es un tema que no ha sido lo suficientemente aquilatada por los especialistas de la educación. El centralismo generalizado en el país produce habitualmente una disfunción cuando se percibe a éste como la culminación de sus objetivos. No se logra percibir cómo es que la vigorosa labor de los escritores de provincias permite entrever un rasgo aún más particular en la literatura peruana, y cómo las denominadas literaturas regionales han desenmascarado el centralismo de nuestra concepción literaria, obstáculo en el logro de una mayor apertura hacia la lectura.

Las literaturas regionales en el Perú tienen la ventaja de que están compuestas por los elementos que componen la historia y tradición de cada localidad específica, contenidos que motivan al estudiante a involucrarse en la lectura gracias a la cercanía de eventos y costumbres plasmadas en los libros.

En Chimbote, existe un antecedente que viene de más de una década atrás, el trabajo de Río Santa Editores, cuyo promotor y director ha conseguido fijar poco a poco en el estudiante chimbotano (consumidor directo del material ofrecido por la editorial), sus preferencias en lecturas con contenidos de esa localidad. De este modo, autores locales cuyos

libros brillaban por su escaso tiraje y demora en ser adquiridos por los lectores, se fueron convirtiendo en lectura obligada en las instituciones educativas. El editor supo cautivar así la atención del conductor o educador, quien poco a poco llegó a comprender que el tema de la identidad no era solo una bella palabra, sino un asunto real, un fenómeno que bien puede despertarse en el espíritu de los pequeños estudiantes, pues en esas lecturas locales estaban su barrio, los personajes de su entorno, los conflictos de su realidad, sus creencias populares, sus expectativas y obsesiones inmediatas... en fin, su propia vida descrita por un creador que había sabido captar los elementos entrañables de su mundo cotidiano. Entonces, ¿cómo no buscar la motivación lectora a partir de tales signos identificables?

La idea de iniciar al estudiante de primaria en textos de su realidad inmediata, no está reñida –sin embargo– con la consabida heterogeneidad cultural, es decir, no se contrapone al cúmulo de culturas, credos y sociedades que conforman la gran sociedad peruana y universal, sino que es únicamente un método de iniciación lectora, un llevarlo de la mano a su primera experiencia con temas familiares, cercanos, cotidianos; logro que constituirá un proceso reactivo, que debe encaminarse hacia una permanencia viva en la lectura y redundar en un hábito que lleve al estudiante a buscar otros universos bibliográficos.

El escritor ruso León Tolstoi aconsejaba a los escritores: “Escribe sobre tu aldea, y serás universal”. Parafraseando esta idea, considero que puede ser legítimo manifestar: “Lee sobre tu aldea para alcanzar lecturas universales”. Las obras clásicas de la literatura infantil universal, nacieron con la recreación de historias populares de determinadas regiones de Europa; los cuentos de los hermanos Grimm, Hans Christian Andersen y Collodi, entre muchos otros, fueron el resultado de acudir a los mitos y leyendas de aquellas aldeas donde fueron inicialmente narrados de boca en boca, asimilados y escritos luego por estos autores que los hicieron populares en todo el continente y posteriormente en todo el mundo. He aquí la forma de cómo acercar al pequeño al mundo de la lectura: aproximarle primero a historias que parten de la literatura local, para que las recreadas en otras culturas no les sean luego inconcebibles.

La comprensión lectora a partir de tal idea, debe continuar este mismo patrón confeccionándose actividades que redunden en el objetivo de seguir el rumbo de la identidad local, produciendo cuestionarios que recaigan en el estímulo emanado por el conocimiento de su realidad inmediata y trayendo junto con éstas todo el repertorio de la cultura popular local. Lo mismo para la comprensión crítica: valorar y juzgar los orígenes, sucesos y consecuencias de los actos sociales y humanos descritos en las lecturas propuestas.

Una didáctica de la lectura basada en este criterio de identidad, junto a sus efectos valorativos, harán del estudiante no solo un lector temprano, sino un observador atento de su medio social, un ciudadano que sabrá estimar el espíritu palpitante de su comunidad.

Autor: JORGE WILSON IZQUIERDO

CACHO BLANCO

En plena SAIS La Pauca, donde el hierro –marcaba a los toros de lidia, nació un becerro que andando el tiempo exhibiría un fornido par de astas nacaradas, bautizado por eso como Cacho Blanco.

Ese toro, en la Virgen Soledad de la Montaña, se preparaba igual que los demás para ser un verdadero gladiador. Supo vivir bajo el chicote, ascendiendo terrenos escabrosos para templar su fortaleza. Los lejanos abrevaderos lo obligaron a trotar de sol a sol, saltando peñascos ahítos de sus mugidos en larga cadena de repercusiones. Patas farreas, cascos graníticos, resistencia extraordinaria, audaz, caería en su ley tarde o temprano.

Cacho Blanco se forjaba en la punta Peñaparda. Ya con estampa y vivacidad, fue incluido para una temporada. Conducido el lote al embarcadero de –Purle, apenas llegó a La Ramada, Cacho Blanco desertó. En otra ocasión repitió la misma historia.

Metido a reproductor, empezó a tornarse solitario, a hospedar una recóndita tiranía. Cabeceaba sediento de abatir buitres, chinalindas o apalinas o de arrostrar infinitos sin pagar precio alguno. Era un monumento vivo, torvo, negro.

Un día, a lo macho con otro toro colisionó sus cuernos y bufaron odio. Cacho Blanco, brutales todos sus miembros, reventando el alambrado, precipitó al adversario hacia un zanjón del lado opuesto. Y todavía mirábale implacable, rascando, mugiendo a todo pulmón, mientras el otro, roto el espinazo, bramaba tristemente inmovilizado.

Cacho Blanco una sombra. Insatisfecho de alturas, pampas y profundidades, aparecía peligrosamente en cualquier paraje por agreste que fuese. Otra vez despachó a tres pollinos volviéndolos pedazos de pedazos y, dicen, olfateando las carnes desgarradas, llega a degustarlas... Del dueño ni sus polvos en cuanto la fiera había cometido semejante a una maldición.

Encontrando los punteros alguna sangre fresca, decían impotentes: “Caaacho Blanmnc” y deseaban que aquella fuese de él porque había sembrado pánico en empresa y campesinos. A este toro le sorprendían chubascos o tormentas, corriendo dueño de la naturaleza o rumiándola al acostado largas horas. Y amedrentando indomable esa región desolada, se confinó aun mas, estableciéndose definitivamente en La Ramada.

Una tarde sesgó un relincho premonitorio, segundos de que la bestia mugiera para acometer despiadadamente. El caballo se encabritó retemblando y el viajero como pudo se aventó. Fue una titánica mezcla de horror y salvación. El caballo ya pataleaba herido cuando Cacho Blanco empitonó al hombre lanzándolo fuera. Este, viendo que otra vez embestia endemoniado, a lo perdido disparó. Perforada la frente, el animal cayó acezante, deslenguado, tiritando— las patas, enceguecido, tal como lo hubiese hecho ante miles de espectadores.

Los buitres, en ese ingente mutismo de la geografía, harían lo demás.

Autor: GUTEMBERG ALIAGA ZEGARRA

EL ANCIANO CARMEN

El se llamaba Carmen y su esposa Martina. Dios les había premiado con una longevidad envidiable. Durante sus noventa y tantos años no visitaron médicos ni curanderos.

La recuerdo a ella, de cabellos cual copos de alba lana, tez pálida orlada con surcos de ternura, sus vivaces ojos se escondían bajo la sombra de pobladas cejas canas, los dientes raleados por el sufrimiento denunciaban ancianidad.

Fue una noche de primavera cuando en colchón de paja expiró.

La vecindad, solidaria en el dolor, cubrió los gastos del velatorio.

Don Carmen con su ancianidad a cuestras puso a buen recaudo su alacena ubicada en el terrado de la casa. Las mazorcas de graneado maíz para el mote, compañero inseparable del caldo de la madrugada, caían ruidosamente una tras otra; pero, una voz ronca, casi insultante, paró en seco el cadencioso accionar.

¡Basta ya! ¿Quieren acabar con mi maíz? ¿Qué voy a comer mañana? Ella está muerta, no quiere nada, dijo el anciano Carmen, mientras ponía sus lamidos llanques en suelo firme.

La gente iba llegando y el cordial e inevitable, “*mi más sentido pésame, don Carmencito*”, no se hacía esperar.

No se preocupen, ya era tiempo que muera, últimamente la difuntita se había puesto insoportable; ahora podré vivir en paz – contestaba certeramente al hipócrita y vanidoso pésame de amigos y familiares.

La espera a la hija ausente se hacía eterna. Finalmente, en hombros y en dirección al cementerio conducían el ataúd. El tañido cadencioso de campanas y los llantos lastimeros, menguaron el trotar pausado de los sepulcros.

Por la esquina, corriendo, apareció la recién llegada hija pródiga.

¡Hoy no se entierra mi madre, mañana será!, decía sollozando.

Hablaron las vecinas cocineras: no hay leña, tampoco azúcar, arroz y pan; la bondad no da para más.

Entonces..., su decisión dio un inesperado y ominoso giro.

Que el féretro continúe el trazado camino al Campo Santo – dijo la desubicada hija – dejando escapar de sus labios: Dios la tenga en su gloria. Amén.

Autor: GUTEMBERG ALIAGA ZEGARRA

EL BRILLANTE

Histórico toro...
 Más bien, toro de leyenda...
 Había cumplido seis meses y su pelambre era fino, suave y brillante; de color mulato. La madre, también una legendaria vaca negra, que un día cualquiera de esos, de lluvia, viento y sol cerró para siempre los ojos a la vida, dejando al atribulado huérfano comprometido con su destino. Allí estaba la pobrecita patitiesa y con los ojazos vidriosos y ausentes.

El crío, ajeno a su tragedia, trataba de ahuyentar a un perro impertinente, ansioso de festín. En el azul del cielo se dibujaban ya las siluetas de unas aves negras con picos tonos, que merodeaban el cadáver.

– ¿Y ahora? – plañía Julcamoro, caporal de la hacienda Malat – ¿Qué será de tu vida, pobre huérfano?

La menuda gana que estaba cayendo, a la luz de un sol mortecino, intensificaba la brillantez casi metálica del crío.

– ¡Brillante! – exclamó el cholo caporal – ¡Brillante te llamarás!

Y este fue acaso, el origen en síntesis, del torete que, años después, se convirtiera en el “toro de capa” más admirado en las festividades del Patrón Isidro. El Brillante llegó a héroe de inolvidables jornadas en la Plaza de Toros de Sucre.

Huérfano y solo, plenamente libre, empezó a recorrer los potreros. Se lo avistaba buyando, subiendo y bajando esmeraldinas lomas, comiendo de lo

mejorcito; irrumpiendo en las quebradas o recortando airoso su esbelta figura contra el espejo celeste del cielo.

Tal vez el torete añoraba a su fogosa madre, batiéndose airosa con un puma hambriento, al que ahuyentó con coraje de pura sangre.

Claro que no encontró potrero fijo. Se hizo badulaque y renegado también.

Tres rodeos se realizaron, siendo el brillante el único ausente. Menudearon entonces las cábala: Quizás algún león hambriento o un talalán traicionero habían dado fin a su aventurera existencia.

Una tarde, cuando menos lo esperaba, Julcamoro lo avistó en una huaylla cercana.

Pasmado se sintió el cholo: ¡Cómo había crecido el bandido! ¡Vaya la estampa de aquel mancebo, lejano descendiente, quien lo negaría, tal vez de un Miura lejano!

– ¡Por fin te veyo, zambito! – gritó – Corriendo luego después hacia su choza para dar la buena nueva a su familia. Reunió a varios indios y planeó una emboscada, porque lo quería para padrillo. Días después, en el centro de una hoyada, Brillante rumiaba impávido, ajeno a las malignas intenciones de la indiada.

Luego estalló la gritería india y se desgranó una briosa caballada desde las lomas cercanas, agitando serpenteantes maromas que, de momento, aturdieron al solitario. Las astas blanquinegras, que destacaban arrogantes y seguras, se sintieron presionadas por gruesos lazos. Mas dio un salto acrobático hacia un matorral cercano, desapareciendo cuesta arriba.

– ¡Pshhhh, carajo!, fue la frase interjectiva de los decepcionados indios, que volvieron cabizbajos a sus hogares. Pero las intencionadas por cogerlo continuaron hasta que, una mañana brumosa, en un encañonado difícil, lo sorprendieron sus captores. Esta vez con más eficiencia actuaron y lo llegaron a coger.

Pero ya el Brillante habla señalado con acuarelas bien definidas su peligrosidad a cuantos caminantes, muchas veces desprevenidos, alcanzaban a encontrarlo en la ruta. Algo más, Brillante dizque se hizo un toro asaltador. Se esparció esa suerte de comentario por los confines cercanos hasta quedar prácticamente sellados los caminos a Tallambo, especialmente para quienes por primera vez lo recorrían. El Brillante era el magno tirano y dictador en

sus extensos dominios.

– Allá en aquella falda estuvo esta mañana – comentaba Julcamoro a sus dos extraños visitantes.

– Nosotros quisiéramos llevarlo a toda costa a Sucre para la corrida del Patrón– replicaron decididos los recién llegados.

– Creo que no podrán, señor, nosotros fuimos varias veces a lacerarlo y traerlo, pero nada.

– El bárbaro no se aguanta pulgas y es un asesino.

– Eso es problema nuestro. Sentenciaron los comisionados.

– Bueno allí lo tienen. Pues si lo chapán, lo llevan, no hay problema, – respondió Julcamoro.

– ¡Es hermoso el bandido! ¡Será la muerte!



Mes de mayo en todo su esplendor, días de deslumbrante sol; noches tachonadas de estrellas; mayordomos y fieles en general a todo vapor. La fiesta religiosa se realizaría mañana mismo.

Mientras, una veintena de voluntarios alistan caballos y lazos para ir a traer al Brillante.

Minutos después, la garganta de la Quintilla engullía a la comitiva. Abajo en el pueblo aleteaba fuerte la esperanza de tenerlo.

Bravos los sucrenses lograron su cometido. Y dos días después, por la bajada de Vaquero, en medio de densa polvareda, camina el prisionero, hirviéndole la sangre y con infinitas ganas de despanzurrar a los traidores que le acababan de destrozar su libertad, alejándolo de su querencia.

Por fin, después de penosa caminata, por el ojo de la Quintilla asoman el guapo Brillante, como desafiando al nuevo horizonte y la comitiva numerosa que trasuntaba alegría desbordante.

Más de un jinete se destaca a la vanguardia del grueso del pelotón para prevenir a las gentes que, a pesar del pánico latente, se arremolinaban en calles, esquinas y puertas para contemplar al bicho esperado.

Primera tarde de toros. 3 p.m. El toril, como coloso guardián de los bravos, aguanta impertérrito las acometidas y cabezazos de los bravos. Los bramidos se filtran en las venas, arterias y capilares de los fisgones.

Se escucha, abanicando el ambiente, las notas de una alegre marinera, a cuyos acordes una pequeña mancha de garbosos jinetes exhiben una linda y coqueta “moña” que, alada mariposa de múltiples colores, se verá prendida en el lomo del ansiado, minutos después.

En el palco oficial, una voz de barítono declama los versos, dedicados al Brillante por un vate de Conga de Urquía.

En el fondo del redil
pastaba sin embarazo;
hoy me encuentro en el toril,
preso de este odioso lazo.

Abandoné mi potrero
por lucir en esta plaza;
admirará el Huaucó entero
lo valiente de mi raza.

Soy Brillante asaltador
y asalto con mucha suerte;
sepa el torero traidor
que hoy mismo le doy la muerte.

Las montañas y las peñas
escucharon mi bramido;
viví metido en las breñas
porque muchos me han temido.

He luchado con el oso,
con el tigre y el león;
hoy lucharé con un mozo,
al que abriré el corazón.

Hermosa copla pueblerina que, apenas terminada, dio paso a un ruido procedente del toril. Brillante acaba de pisar la arena, rasca iracundo y brama con rabia homicida. El torero, más por miedo que por arte, paso a paso, midiendo el peligro y sus temores, avanza hacia el bicho. Este lo descubre y embiste raudamente, apenas dando tiempo para que el diestro lo reciba con un pase de Verónica, que el público aplaude. Pero, ¡Oh decepción!, vuelve el burel al ataque y el “indiestro” se ve levantado por los aires, sobre los pitones del bravo, cayendo aparatosamente al santo suelo, donde queda quieto, mientras gritos de espanto revientan en el aromático espacio del ruedo, a la par que sacan al infeliz torero hacia el salvavidas más muerto de susto que herido.

Allá, en su dominio, Brillante sigue rascando y bramando.

Repuesto el matador, vuelve al coso, esta vez armado de bermeja muleta, con la cual logra una faena inolvidable, pues el toro tallambino se comportó con bravura, pureza de sangre y juego limpio que encantó a los millares de personas que atestaban los tendidos.

Después sucedió el retorno al lar añorado. Y Brillante, como ufánándose de su odisea, se veía casi siempre junto a hermosas terneras que le hacían todo género de festejos e insinuaciones.

Doce lunas han pasado desde aquella gloriosa tarde en que el Brillante dejara tras su debut el recuerdo fantasioso de su primera faena.

De nuevo se ha prendido en Sucre la antorcha de la feria patronal. Dos semanas antes, hacia el primero de mayo, han llegado los pirotécnicos que engalanarán las noches de vísperas, incendiando con estallidos multicolores el cielo de Sucre. “Bisojo” es un personaje célebre para la turba de pilluelos que lo rodean, constantemente por todas las calles que aquél recorre. El que menos quiere trabar amistad y conversar con el célebre “cuetero”.

En los urpos las chichas han empezado a hervir hace días.

Tres “agencias” han transportado a una buena masa de sucrenses procedentes de distintos confines.

La banda de músicos “La Julcanera” deja escuchar sus vibrantes piezas de todo tipo: pasodobles, valeses, boleros, rumbas, marineras y huaynos.

Y de nuevo, culminando una nueva jornada de pesquisa y traslado, los sudorosos jinetes de siempre irrumpen por la “Toma” conduciendo vencedores al famoso Brillante, preso de varias maromas de seguridad, pero ardiéndole la mirada de odio salvaje y ansias locas de venganza.

Y allí lo tenemos en la primera tarde de toros: Hosco pero hermoso; desconfiado pero valiente; calmado, pero peligroso, resignado a la suerte de su encierro, listo para el aviso del trompeta.

En los tendidos los palcos asisten a una dura competencia de lucimientos, orlados con pañolas, colchas y tapetes, a cual más hermosos y llamativos. Una abigarrada multitud se halla expectante y bulliciosa.

El Juez de Plaza y su “corte de gorriones” han llenado el palco oficial.

El ruedo se ve, de pronto, despejado de heladeros, fotógrafos y enamorados, que van tomando sus emplazamientos.

El trompeta rasga el espacio con su ansiado ta – ta – taaaaagáa, que anuncia la salida del burel.

Algazara y tumulto en el toril. Y de pronto aparece el testuz del Brillante, albigris y desafiante la gallarda cornamenta. Se libra de palos y maromas y paso a paso, como alelado se planta en el ruedo. Unas décimas de segundo mira a todas partes como buscando al enemigo retador.

Detrás de los burladeros los diestros y sus cuadrillas miran, temen, desconfían y luego se animan. Y empieza la secular lucha del toro y el hombre, espectáculo cautivante para unos; abominable y criminal para otros.

Brillante baja la cabeza, rasca con sus fuertes pezuñas, taimado, mira, echando como chispas por los ojos.

“Maravilla”, el matador del año, avanza con pasos cautelosos, después, claro está, que sus peones han probado al bicho con dos o tres arremetidas que ellos han burlado posesos de terror; y en fulmínea carrera hacia los burladeros.

Brillante embiste; el diestro recibe en tan mala forma y peor cálculo que se ve impulsado por los aires como un pelele. Cae pesadamente, se revuelca en la arena y hunde, más por instinto que por destreza, la cara, tratando de evitar nuevas embestidas. Los peones corren presurosos y sacan del apuro a “Maravilla”.

– ¡Ese animal tiene que morir! ¡Qué muera!, es el grito unánime de los espectadores. ¡Qué se lo mate! ¡Qué muereaaaaaa!

Después de un breve suspenso vuelve “Maravilla” al ruedo, más de fuerza que de ganas, a cumplir el inapelable mandato del Juez: a matar el toro.

Y allá los tenemos después del tercio de banderillas, en el cual “Poma” ha deslucido la tarde con su miedo sin precedentes.

El uno frente al otro, odiándose, temiendo el hombre y atacando el toro, burlando en un sin fin de citas y estatuarias, culminadas con una más bien risible suerte de desplante.

Hasta que llega la “hora de la verdad”. El diestro se cuadra. Brillante se ha quietado y mira fijo a su rival. Las patas delanteras alineadas y juntas. Todo bien. El diestro levanta lentamente el trapo rojo con la mano zurda, mientras la derecha levanta el estoque y apunta al centro de la “cruz”. Como un destello el torero carga hacia el toro; éste medio embiste y el estoque se hunde en un punto algo ladeado del centro., Se ha hundido hasta la empuñadura.

Brillante ha saltado al impacto de la estocada, que ha sido certera. Luego trastabilla, se arrodilla y, como pidiendo con la mirada mortecina perdón al mundo que lo rodea, cae lentamente..., muy lentamente.



Autor: JULIO GARRIDO MALAVER
(Celendín, 1909...)



EL CUENTO DEL CARTUCHO

Niño:
Toma en tus manos esta cometa blanca: es una flor.
Debes conocer la historia del cartucho blanco.

Pues había nacido en cierta parte de la tierra un niño muy hermoso y que tenía el destino de cantar. Lo supieron los malos y castigaron al niño desafiándolo con cortarle la lengua, si alguna vez cantaba.

Los malos tenían miedo a las canciones del niño, porque serían dulces. Y para no oír nunca sus canciones, le cortaron la lengua, lo sepultaron y, sobre su tumba, colocaron una piedra muy grande y muy negra.

Pero una noche la piedra fue levantada por una voz de cornetas que nacía del fondo de la tierra.

Los malos huyeron despavoridos, mientras brotaban cornetas blancas por todas partes.

Se cumplía el destino del niño, porque cantaba flores...

(De La tierra de los niños. Lima, 1946, Citado por Luzmán Salas en Antología de la Literatura Infantil Cajamarquina, Cajamarca, 1981)

Autor: GUTEMBERG ALIAGA ZEGARRA

EL TORDO

Por el perímetro del mercado, se escuchaba el bullicio cotidiano de la gente. Voces altisonantes anunciaban productos de pan llevar. Pasos perdidos deambulaban de un lado para el otro. Y, en una esquina, gente agolpada alrededor de un desgarrado joven de piel cetrina, ensortijado pelo y hablar entrecortado; escuchaban atenuados el ofrecimiento de su mercancía.

– El loro cabeza roja, veinte soles, es de los habladores.

– Los canarios, treinta la parejita. ¡Ah...! los tordos, dos por quince; pero... vaya usted a escuchar el silbar maravilloso de estos animales.

Aquellos tordos, negro azabache, estaban muy inquietos. Saltaban desesperados tratando de escapar a su cruel encierro; nunca habían visto tanta gente a su alrededor, ni escuchar gritos histéricos por querer llevarles a otro calvario. Allá en su mundo, en su hábitat natural, la paz y la libertad era algo sublime, un regalo de Dios.

Volaban por las sementeras extendiendo las alas en un rezo matinal, atisbando de hito en hito, iban en pos del alimento para su prole. Suyo era el aire, el agua y la roca. No terminaban de comprender la forma tan inocente de haber caído en la trampa, puesta adrede por la mano del hombre y que hoy les ponía en subasta pública como si fuesen cualquier objeto.

– Diez soles por la pareja de tordos, propuse.

– No amigo, quince y llévelo – respondió enfáticamente. Si se mueren le doy otro – sentenció.

Ante tal promesa y con el deseo de poner a buen recaudo a los animalitos: ¡los llevo! – exclamé.

Un día de espléndido sol, sorprendí en mi hogar a la pareja de tordos en jaula nueva; y, de un momento a otro, el florido jardín donde orgulloso se erguía el frondoso limonero; de rosas y azucenas de múltiples colores, albergaban a extraños y bullangueros visitantes.

Por unos días aparentaban tranquilidad, pero había momentos que con sus débiles e inofensivos picos corvos querían romper los barrotes de alambre para volar en el vasto espacio celestial, como lo hacía por las tardes el ágil colibrí sustrayendo el néctar de las castas rosas, cuando el sol agonizaba.

Una voz tenue, pero serena, me alertó humanamente.

– Padre,–resonó la voz en mis oídos– por favor, Dios da vida a los seres de este mundo; a los pajaritos, alas para volar y ser libres para disfrutar de la naturaleza su bonanza. No creo estar en lo correcto, al traer estos indefensos tordos a sufrir un injusto cautiverio, pronto morirán y eso no está bien.

– Yo los alimentaré, les daré protección, cuidado y cariño – contesté a la firme interpelación.

– ¿De qué libertad hablamos hija mía?, si en este mundo se aparenta ser libre y se está más enclaustrado que un preso, encarcelados en nuestras propias pasiones, en un mundo lleno de injusticias; estos animalitos, en el mundo que habitan, también aparentan tener libertad; pero, los seres racionales los persiguen con armas de fuego, hondas y tira jebes. Tal vez en esta jaula que no es una cárcel puedan gozar de algunos halagos y cariños, hasta que el Todo Poderoso lo determine.

Pasó el tiempo en raudo vuelo y una mañana de inolvidable primavera, en medio de la jaula, con los ojitos vidriosos y en dirección al cielo, los dos animalitos estaban yertos, su ciclo de vida había llegado a su final.

Un hálito de tristeza invadió mi ser, con el único consuelo de que les brindé cariño. Cogí una pala y haciendo un hueco en el santo suelo, sepulté a mis tordos queridos, no sin antes, rezar una oración.

Autor: JORGE WILSON IZQUIERDO

EN TODO TERRENO...

Don Néstor, negociante y compondor de sombreros de paja toquilla, recorría Pallasca, Pataz, Mollepata y Cachicadán, adherido a una apremiante bohemia. Animaba la fuga de las cashuas— con “¡ajás!” que las parejas respondían activando el zapateo. Llevaba una existencia atribulada entre riesgos y fatiga de caminos, característica de aquellos que a través de todos los tiempos han recorrido el mundo, al punto que cuando los gringos llegaron a la Luna, se decía que lo primero que vieron allá, fue correr a un celendino con su bolsa de sombreros a la espalda.

Don Néstor era afortunado en el negocio y de sus incontables viajes, celebraba indefectiblemente ora las partidas ora las llegadas. Ya en copas, con el cabello disuelto, cantaba a medió mirar:

“A una piedra me arrimé
por ver si me consolaba;
y la piedra con ser piedra
de verme llorar, lloraba”

Jamás se dejó arrastrar por politiqueros avezados. Fiel a su conciencia obraba por encima de consignas o de aviesos personajes. Y Chico Néstor era, además, “¡El hombre aquí, allá y en todo terreno!”, como se autoproclamaba con una copa en alto.

Siempre traía a su retorno semilla de alfalfa pallasquina y cuando en Ca-jamarca visitó una vez a su cliente don Shalito, este se negó a tomarla por tener todavía en existencia. Chico Néstor deambuló en tanto nadie se hacía cargo del producto ni caro ni barato.

Entonces llamó a un transeúnte para que fuese donde don Shalito, contrata de seis sacos de semilla y deje arras en señal de seriedad. Cumplida la misión, a poco, despreocupadamente, Chico Néstor pasaba por enfrente a don Shalito, quien, al verle, le llamó jubiloso y entraron en arreglo.

Néstor, más tarde, viajaba a su tierra y celebrando su acontecer, cantábale a la de “doce años”:

“¡Ay, cañita – cañaveraaal
cañita hueca sin corazón,
tu no me quieeeeeress
quheeee voy haaaceeer
si es mi desttiinooo
paaara paaadeeeceeer. ..”

Autor: ARQUÍMEDES CHÁVEZ S.

ENTRE COMADRES

Yendo de Huacapampa a Sucre, por la vieja entrada de Chaquil, doña Gume que, con su andar menudo y ligero, estaba presta a cruzar la quebrada llamada Mesarume o Quishrque –cualquier denominación es buena– fue alcanzada en ese caminar por su *Cuma Ña Berna*.

Al principio, las señoras animadamente comentaban de la hermosura de los trigales y las *huayllas* que abundaban en esa zona. La conversa estaba centrada en las labores agrícolas como el *barbecho*, el *descurpe*, siembra, *tirapa*, la *pis-hgueada*, cuando las espigas estaban candela y de la asistencia a los peones que, para *Gume* todo resultaba muy caro y para *Berna* la cosa era normal.

Sus pasos las acercaban al vecino Sucre mientras platicaban de la prometedora cosecha, las eras, los fletes para la trilla; no pasaban inadvertidas las palas, horquetas, escobas, así como los jornales o la paga en efectivo para la peonada.

A la sombra de bellos sauces llorones, tomaron breve respiro y *Ña Gume* reiteró su comentario sobre el daño que causan los *pishgos*. Estos animalitos en grupos numerosos, ya no hacían caso a los espantapájaros–muñeco que con el viento se torna bullanguero y en cierta medida ahuyenta a las avecillas. A propósito, *Ña Berna* agregó que contratará a un muchacho, para que con la *jonda–honda* espante a zorzales, guanchacos, gorriones, cocotereros y santarrositas.

Berna siguió diciendo que ella mandaba a su nieto a que *pishguee* mañanas y tardes todos los días. Juicioso es aclarar que se llama *pishgo* al gorrión y por extensión a todos los pájaros antes mencionados. Y también, *pishgo* se llama por

estos lares shilicos, al pene.

Terminada la conversación, *Ña Gume* pidió a su acompañante, de manera muy pueblerina:

Oigaste *cumita*, quiero que me preste a su cholo por esta semana para que me *pishguee*, al fin no es muy hartito mi sembradito.

A propuesta tan vecinal, *Ña Berna* contestó de singular modo:

No vecinita, no se puede, porque tuesta semana el cholo me está *pishgueando*.

Para matar el hambre, buenos *bolsicos* de cancha llevan los *pishgueros*, pero antes, hacen su *jonda* trenzando cabuyas. Las hondas al latiguelo al aire y jalando con la fuerza la punta asida, al chocar la punta de la soguilla con parte de la trenza, suena: *chaj, chaj,...* Este Chasquido espanta a los pájaros, y cuando los *pishgos* no hacen caso al sonido, entonces valiéndose de la honda los *pishgueros* lanzan piedrecillas sin dirección definida. Si este método no es efectivo, sacuden los espan-tapájaros; si el resultado es igual, no queda más remedio gritar singularmente así:

–Pichihua, pihuahua, isho!, isho!

Creo que las avecillas entienden típico mensaje, porque al instante levantan vuelo y regresan cuando el ambiente luce con cierta calma.

Los espacios de quietud los aprovechan los *pishgueros* para comer canchita, que fue tostada con buen gusto, quedando los granos color *frente de zorro*. A veces los celadores llevan el encargo de *pallaquear* leña. Entonces, tienen que obligadamente hacer buenos tercios de ramas secas caídas por el suelo.

Pronto llegará el día de siega, formación de la gavilla, la trilla y demás tareas afines.

Ña Gume: Doña Gumercinda.

cuma: Comadre.

Ña Berna: Doña Bernardita.

huayllas: pequeños pastizales lozanos y muy verdes.

descurpar: pulverizar los terrones de la chacra.

pishguear: ahuyentar de los sembríos a los pájaros

pishgos: pájaros pequeños.

santarrositas: pajarillo andino de plumaje amarillo en el pecho y negro la espalda y alas.

bolsicos: bolsillos o bolsos del pantalón.

frente de zorro: de color gris amarillento, semejante al pelaje del zorro.

pallaquear: recoger.

(Notas de la redacción)

Autor: JORGE DÍAZ HERRERA
(Cajamarca, 1941)



LA CONEJA DORA SALE DE PASEO

La coneja Dora y sus hijitos están de paseo. Zapatitos nuevos y ropa limpia y sombreritos de junco. Cruzan puentes de troncos de algarrobo y dan vuelta por la curva de los ciruelos. Cuando, ¡quién lo hubiera imaginado!, aparece el zorro Gastón. Los conejitos se esconden detrás de su mamá. Y el zorro Gastón les dice, relamiéndose el hocico: “Me los comeré uno por uno”. Y la coneja Dora: “No les hagas daño a mis hijos. Yo estoy gorda y seré buena comida”. Y el zorro Gastón: “Me los comeré a todos”

Como si el agua del río
contara el cuento.
cuenta como si llorara
de sentimiento

La ranita Isidra, muy asustada, mira escondida detrás de una azucena. El zorro Gastón se frota las garras contra su pelo y, enseñando los dientes, sonríe: “Me los comeré uno por uno”. Y la coneja Dora ruega y ruega que a sus hijos no les haga nada. El conejito Felipe, que al principio fue al que más le temblaban las piernas, se suelta de las faldas de su mamá y, abriéndose de brazos y sacando el pecho, se para delante de Gastón. “Zorro abusivo”. Su

mamá quiere protegerlo, pero Felipe corre a un lado y les grita a sus hermanos: “¡Al ataque!”. Todos los conejitos se arrojan contra Gastón: Uno se le prende de una oreja y otro de la otra oreja y uno de una pata y el más pequeño de la otra pata y la coneja Dora de la cola. La ranita Isidra salta sobre el lomo de Gastón. Todos muerden y rasguñan. Gastón gira y gira, dándose revolcones, para librarse de sus atacantes. Tanto y tanto ha girado que al fin el zorro se siente tan mareado que ya no puede sostenerse sobre sus cuatro patas y cae muy borracho. Quiere pararse y vuelve y vuelve y vuelve a caer. La coneja Dora, los conejitos y la rana Isidra se abrazan y, dejando a Gastón tendido en el suelo, se van por el camino a curar sus heridas.

(De *Parque de Leyendas*. Lima, 1977)

Contado por: ALFREDO PITA
 Tomado de Morituri *
 Para Marión y Dante,
 al calor del fogón.

LA SOMBRA DEL ANETO

GOYCOCHEA SE DIJO que lo que estaba viendo no podía ser real, que era su cabeza, que el aire de la montaña lo había mareado y le estaba haciendo imaginar todo eso. Desde el valle, a un ritmo veloz, evidente, las nubes subían, rampantes, pegadas a las laderas, devorando los árboles. Era como si un mar gaseoso, mudo, embravecido, se hubiese propuesto alcanzarlo en esa cresta, la que, a ese paso, en poco tiempo se convertiría en promontorio, en arrecife, en isla. Estaba fascinado: en quince o veinte minutos la neblina llegaría a la cima y entonces todo sería blanco, el mundo de abajo y el mundo de arriba. El hotel, todo el planeta quedaría sumido en ese manto lechoso, asfixiante.

¿Asfixiante, José Ignacio Goycochea? La palabra lo dejó como pasmado. ¿A ese punto estaba llegando su inseguridad ahora?

Con una sonrisa intentó diluir la angustia que comenzaba a subirle por el pecho. Esa crecida de nubes que venía desde abajo contradecía, por supuesto, todos sus esquemas de habitante urbano, pero no era para tanto. Arriba el cielo todavía seguía azul y en él se movían otras nubes, viajeras, blanquísimas, eternas: las que había ido a buscar a los Pirineos y que casi había olvidado con la preocupación de los últimos días.

Levantó los brazos y respiró. En todo caso, no debía molestarle que el mundo se agitase un poco en torno suyo. Esa ola que amenazaba con convertir en algo concreto el aire que lo rodeaba, al menos iba a romper con esa monótona sucesión de días transparentes y limpios, con esos inmensos espacios

que desde su ventana, o, como ahora, desde la montaña, podía divisar, y en los que las crestas del Aneto y de los Montes Malditos, lejos, en el horizonte, eran lo único que realmente lo motivaba. Claro, tenía sus razones.

Como movido por un resorte, tornó la mirada. Sí, allí estaba el Aneto, el nevado que lo había acompañado en esas dos semanas en el Gran Hotel de Superbagneres. Se detuvo un instante para despedirse. Despedirse por unas cuantas horas, porque esa neblina sólo iba a durar; a lo sumo, la noche que ya se venía encima. Por la mañana volvería el sol para hacer brillar su cresta blanca, azulada, contra ese cielo de un azul profundo y quieto. El Aneto había sido un buen camarada, sí, pero en los dos últimos días él casi lo había olvidado. Esa separación momentánea, sin embargo, no les caía mal, a ambos, se justificó. Sabido es que hasta los mejores amigos terminan molestándose cuando se pisan demasiado los callos.

Claro que, en este caso, el Aneto no era el que buscaba, el necesitado. Todo lo contrario. Goycochea sintió que, pese a su sonrisa, un viento de tristeza le lamía el rostro.

En contraste con la neblina del valle, el Aneto estaba rodeado, en ese momento, de un fulgor dorado. Junto con las otras cimas de la cadena, el nevado brillaba, con sus hielos eternos, bajo las últimas luces de día. Qué diferencia entre ese cielo transparente que se extendía al infinito, en el horizonte, y esa nube sombría que reptaba a sus pies, montaña abajo, que subía voraz, infatigable, enredándose en los abetos, pinos y avellanos.

Ver de nuevo las montañas y saber que seguían allí, del otro lado de la frontera, le calentaba, por así decirlo, el corazón. Su sonrisa se transformó en real contento, del que intentó sacar ánimos, y, ciñéndose el anorac al cuerpo, con las manos hundidas en los bolsillos, dio la espalda al precipicio y comenzó a caminar de vuelta hacia el hotel.

Miró su reloj. Eran ya casi las seis.

En realidad, la tarde había comenzado mal.

Después de almorzar, como cada día en esas dos semanas, había salido a dar una vuelta por los alrededores, esta vez con la Apología de Platón en el bolsillo. La espera lo estaba fatigando y comenzaba a ponerse nervioso. No se había alejado de inmediato del hotel. Se quedó un momento en el mirador, contemplando el hondo valle donde estaba Luchon.

Las pocas nubes bajas que, a esa hora, como jirones fugaces flotaban a sus pies, no le impedían ver, minúsculos, el estadio, el campo de aviación e, incluso, un planeador que como una enorme ave silenciosa se acercaba a las laderas para luego virar y elevarse, plácidamente entregado al viento. Luego se puso a caminar, alejándose del edificio, bordeando la pendiente. Abajo, en el valle, Luchón parecía dormir, con sus termas y sus turistas, devorada por la rala neblina. Finalmente, se sentó en la hierba, a leer, pero terminó tendido sobre el casacón, dormido y con el libro abierto al lado.

¡Estás durmiendo mucho últimamente, Goycochea! ¿Cuánto había durado esa siesta? No lo sabía. Casi dos horas. Ni que estuvieras realmente enfermo. Lo despertó el frío y esa sensación vieja y súbita de que el mundo era raro, de que él era extranjero en todas partes, estuviese donde estuviese. Le ocurría cada vez que se acercaba a un momento decisivo, cuando comenzaba a tener conciencia del peligro.

Ahora, las manos en los bolsillos lo protegían del frío, pero se sentía terriblemente solo, como si no estuviera acostumbrado.

La llamada que estaba esperando la había recibido la víspera.

Parte del material iba a llegar por correo. Era lo más seguro, ya estaba probado. Llegaría a lo sumo en dos días, recomendado. El resto llegaría como siempre. Tornó la mirada una vez más hacia los nevados. El frío, la neblina que comenzaba a enrarecer el aire, le estaban dando sed. En el paladar sentía esa humedad turbia que no le gustaba nada, ni a él ni a sus pulmones, y que sólo un buen trago podía barrer. Avanzó con paso lento hacia el gran hotel. La mole, solitaria en la cúspide de la montaña, testigo del vértigo de los esquiadores en los días de nieve, ahora parecía resignada a la vegetación, a los abejorros, a las florecillas blancas y amarillas que crecían en las pendientes. Superbagneres se preparaba para el letargo de los meses de verano. La primavera estaba terminando.

En las ventanas del bar del hotel ya había luz. Se frotó las manos con energía. Sí, por lo demás la cosa era casi cómica, cómica y preocupante. No sentía, por ejemplo, que esos nevados, y en particular el Aneto, estuviesen en Lérida, provincia abstracta de un país extraño y enemigo. Sentía, hondamente, que estaban en España. ¿Qué le estaba pasando? ¿A la vejez, nostalgias? A él, que venía de Guipúzcoa, donde su gente no dormía en paz soñando con otras

banderas, con otras fronteras y toda la mar en coche, como decía su primo Txomín, el perulero, que no hubiese dejado de decirle, riéndose y con una fuerte palmada en el hombro, que un vasco melancólico de España era lo único que faltaba en la familia. Txomín, que se había ido a Lima, lejos de todo eso. Llevado por sus padres, claro está, cuando apenas tenía cuatro años, como decía hipócritamente, mientras levantaba un dedo y ponía una cara más que satisfecha...

Como cada anochecer, en las dos semanas que ya llevaba allí Goycochea, el bar estaba desierto. En el día llegaban a refrescarse los turistas y curistas de Luchon que osaban la subida a Superbagneres. A la caída de la noche, sólo quedaban él y algún rezagado, algún amigo o amiga del señor Blanchet, el muchacho de Tarbes al que la administración le había el hotel durante esa interseason.

Tan pronto cerró la puerta, Blanchet se le acercó, sonriente. Buenas noches, señor Mora, ¿ha tenido un buen paseo?

Desde el comienzo, desde el día en que llegó, el muchacho se había muerto de ganas de preguntarle por qué se alojaba allí; por qué, si tenía problemas respiratorios, no se quedaba abajo, en la ciudad, en uno de los tantos hoteles cerca de las termas, donde había más gente y todo era más animado. Precisamente por eso, porque no le gustaba la gente y menos la que tenía problemas de salud como los suyos. Esa fue su respuesta la noche en que Blanchet lo interrogó, por fin, mientras ponía un vaso en la mesa. Además, dijo, necesitaba un poco de calma porque quería concentrarse en un proyecto, en el guión de una película detectivesca que se preparaba en París. .

La curiosidad de Blanchet se transformó en abierta admiración cuando se enteró que tomaba notas sobre el hotel y la región para el filme. Ahora lo entendía todo. Le confesó incluso, avergonzado, que al principio, viéndolo así, solo, se había preguntado si no sería un prófugo, alguien que huía de la justicia. Ambos rieron de la ocurrencia. Y no es que hubiese pensado en llamar a la policía, ni nada por el estilo, se disculpó Blanchet, pero había sentido una cierta inquietud, tenía que comprenderlo. Le dio detalles sobre la vida de un encargado de hotel en Francia. Por qué, por ejemplo, ahora los pasajeros ya no firmaban una ficha, como antes, a su llegada, lo que no quería decir que la policía no mantuviese el contacto, etc. Discreto gascón que no contradecía la leyenda, sonrió. Después, el hombre se limitó a ser atento y servicial, dán-

dole todo lo que le faltaba: un abundante desayuno cada mañana y, al mediodía o por las noches, cuando no bajaba a la ciudad, bocadillos diversos. Ah, y eso sí, el trago que apetecía en el momento en que lo necesitaba.

La siesta le había dado frío. Un whisky doble, pidió. Quitándose el anorac se dirigió a su rincón favorito, cerca de la ventana. Sacó el libro del bolsillo y estuvo a punto de abrirlo, pero finalmente lo abandonó sobre la mesa, Blanchet ya se acercaba de nuevo con el vaso y un papel en la mano. Lo habían llamado esa tarde. La misma persona que el día anterior, pero no había dejado mensaje. Nada importante, dijo que insistiría después. Tuvo ganas de preguntarle cómo diablos sabía que se trataba de la misma persona, mientras acariciaba el vaso tallado, pero se quedó en silencio. Le agradeció con una sonrisa y, cuando el otro ya se retiraba, lo detuvo. Le pidió un plato de jamón, pepinillos en vinagre y pan.

Ahora era él mismo el que se preguntaba por qué diablos había instalado allí su observatorio, su cuartel de espera. Luchon, pase. Pero, ¡ir allí, al desierto Gran Hotel de Superbagnères, a mediados de junio! ¡Era realmente tener ganas de que se fijen en ti, Goycochea! ¿De dónde sacaba tamañas ocurrencias? ¿Estaba perdiendo los papeles? De varios tragos, lentos y pausados, dio cuenta del vaso de whisky.

El había sido quien sugirió Luchon. Su argumento decisivo fue, precisamente, que se trataba de un sitio lleno de gente foránea en esa época. Nadie se fijaría en él, estaba seguro. Había visitado la estación termal en otro tiempo y era el marco perfecto para lo que iban a hacer. A través de varios pasos, la frontera española estaba prácticamente al alcance de la mano. Con un buen auto, como el Peugeot 305 que recomendaba conseguir, y por el paso de Portillon, en cuestión de media hora se estaba del otro lado. No creía que la policía de ambos países se fijaría mucho en los curistas de Luchon, que lo único que necesitaban era aire y sol, y no meterse en problemas, arguyó. Al final, todo se decidió en ese sentido. Y unas semanas después, con un equipaje mínimo, y con la debida orden del médico para tratarse en las termas, había llegado, convencido de que era el punto ideal para recibir el material y para deslizarse hasta Viella, donde debía esperarlo la posta.

Y seguía convencido de todo eso. Sólo que las cosas estaban cambiando un poco. Goycochea movía la cabeza en silencio cuando Blanchet apareció

con su pedido. Y con un vaso de cerveza, por supuesto, que ya conocía los gustos del señor Mora. Y no había empezado a comer, cuando reapareció, esta vez con un gran plato de patatas al vapor, además de la sal y la mostaza en la otra. Estaba comiendo muy poco, el señor Mora, no debía olvidar que estaba en tratamiento. Esas cosas tenía el buen gascón: si no eran patatas eran vainitas y, si no, pastas. Y, un día, en el almuerzo, fue un cassoulet hecho en casa que durante horas lo dejó congestionado de gratitud. Comió y, rápidamente, acabó con todo.

¿Qué es lo que estaba pasando con él? Las ganas de reír se le habían ido. A su espalda, detrás del edificio, estaba el Aneto, envuelto en la noche. ¿Y si la neblina, los últimos rayos de sol y esas ganas de dialogar con las montañas lo hubiesen puesto al desnudo ante sí mismo? ¿Y si hubiesen actuado, todo eso, como un revelador químico capaz de poner al descubierto, ante sus ojos, ciertas zonas grises de su alma?

A veces uno ve sólo lo que quiere ver. De pronto percibía en sí mismo, nítidamente, una serie de sentimientos que tal vez siempre estuvieron allí, pero a los que nunca había hecho caso, por la misma razón por la que no se presta atención a ciertos muebles viejos de la casa en que se vive. De pronto uno de ellos cruje, deja caer una tabla, y es como si nos llamase, como si quisiera ponerse en nuestro camino para hacernos caer, para recordarnos que existen. O como cuando, ante el espejo, uno se sorprende diciéndose, pero, y este lunar, desde cuándo lo tengo aquí, junto a la oreja. Son las cosas que de tanto verlas se han convertido en invisibles.

Sí, Lérida, al otro lado de la frontera, le calentaba algo más que el corazón. Quién sabe un día descubriría que amaba a España entera e incluso a Portugal, que toda esa puta península le hacía falta, que finalmente él era parte de todo eso que había odiado con tanto ahínco y convicción. Terminó la cerveza que quedaba en el vaso y, tras retener por un instante el líquido en la boca, recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Nada era inocente en las opciones de cada uno. Eso se lo había enseñado el tiempo. Se puso de pie y se acercó a la ventana. El ánimo se le estaba ennegreciendo, en perfecta armonía con la oscura niebla que ya lo cubría todo afuera, seguramente. Por lo pronto, él no veía nada, sólo la noche cerrada. Pero sabía que afuera estaba la nube. Hasta podía imaginar que el hotel

se hallaba en medio del océano, solitario, sobre un peñón, o en el centro de una ciudad devastada, inmediatamente después de una deflagración que sólo hubiese respetado el viejo local. La realidad era que él estaba en medio de una montaña, rodeado de la noche y de su propia historia. Eso era todo, salud, Goycochea. Pidió otra cerveza.

No tenía que rascar mucho para saber por qué propuso Luchon a la gente de Biarritz. El valle de Arán lo había fascinado desde muchacho. Y había sido así desde que un día supo, por boca de un amigo de la familia, que le pidió discreción, que por esos parajes habían terminado los días de su padre. De ese honrado estudiante de derecho, como lo llamaba su abuelo materno, con sorna, cuando hablaba delante de él, pensando seguramente que no entendía nada de nada. De ese valiente cagatintas, como decía cuando creía que él no escuchaba, del miserable que un día de 1955 había decidido largarse a París, para seguir estudiando, y que se olvidó para siempre de que tenía una mujer y un crío.

Por esos parajes, enrolado en una de esas oscuras columnas de guerrilleros y saboteadores que enviaba el partido, en la primavera de 1958, había reaparecido Francisco Goycochea, el estudiante al que, según decían, él se parecía tanto. Hasta en los anteojos de carey, redondos, a la antigua, como decía su madre. Y allí habían terminado los pasos del viejo, que era más joven que él ahora, que rodó, boqueando sangre, con dos enormes agujeros en el pecho. Balas de cacería, gracias a un chivatazo, al parecer.

Los guardias civiles los habían estado buscando durante todo un día en la montaña y ellos no se dieron cuenta. Al atardecer, cuando salieron de entre los pinos y avanzaban en hilera separada por un sendero descubierto, desde la ladera del frente los acibillaron. Su padre fue uno de los tres alcanzados por las balas, pero mientras los otros dos se despeñaban, él cayó en una zanja, junto al talud donde se había refugiado el resto del grupo. Lo arrastraron hasta los árboles y allí se quedaron quietos, observando el movimiento al frente. Los guardias civiles no los buscaron, seguramente debido a la hora. El estudiante se extinguió allí, en cuestión de minutos, intentando articular el nombre de su hijo en el oído del compañero que le sostenía la cabeza. El que le había contado la historia, precisamente. Para que todo lo que pasó no se quede en el aire y porque era bueno y justo que un muchacho como él, al cumplir dieciocho años, su-

piese de qué temple estuvo hecho su padre. Todo eso había ocurrido una tarde de fines de mayo, cuando él apenas tenía tres años. Y había ocurrido en una de esas montañas. En una de esas laderas que ahora escondía la noche y la niebla. Allí había acabado el viejo, mirando el Aneto, tal vez. O con los ojos prendidos en una de esas pequeñas flores amarillas que cubren los Pirineos en esta época y que los franceses llaman botón de oro. ¿Un digno final para un español quijotesco, repleto de sueños? No, nadie merece acabar así. Ahora lo sabía.

También él se fue a vivir a París, a hacer vagos estudios de derecho internacional, de filología, de literatura. Pero su compromiso fue diferente. Sus opciones terminaron siendo las de sus amigos, las de la gente que lo rodeó desde pequeño, desde que su madre, que nunca se proclamó abandonada por lo demás, decidió dejar Barcelona e instalarse en San Sebastián, en la casa de sus padres. A partir de entonces, todo transcurrió en forma casi natural. Natural su adolescencia solitaria y dolorosa; naturales su juramento, su militancia, su violencia; natural la sangre que había visto, que había palpado, que había derramado. Naturales hasta esas dos semanas pasadas en ese hotel, con sus treinta años a cuestas y con su enorme fatiga.

Y hasta aquí hemos llegado, Goycochea. Sin ver las cosas con mucha claridad, pero dispuestos a sacar al aire los años oscuros, los años vividos sin pensar realmente en los demás. Años en que nos movimos empujados más que por el odio, que existía, por esa sensualidad que produce la muerte. Aquí estamos. Terminó su cerveza y se quedó pensando en si pedía otra o si subía a su habitación a leer un poco o a dormir. Optó por lo segundo. El día siguiente iba a ser intenso, estaba seguro.

Cuando bajó a desayunar, a eso de las nueve, Blanchet lo estaba esperando con una boleta. Señor Mora, una notificación para recoger un paquete en la oficina de correos de Luchon. Goycochea le agradeció con naturalidad mientras doblaba la cartulina amarilla y se la guardaba en el bolsillo. En ese momento sonó la centralita telefónica y Blanchet respondió. Es para usted, señor Mora. Frunció el ceño, eso no estaba previsto. Respiró al acercarse al aparato. Escuchó atentamente. Hasta más tarde, entonces. Los espero. Eran los tíos de Bayona, que estaban en camino, que iban a Luchon a visitarlo. Colgó el teléfono y se quedó mirando el aparato. A eso de las dos de la tarde estacionarían en la plaza, frente a las termas.

Pidió un doble crema y medias lunas. Ah, y una buena manzana. Movi6 el caf6 lentamente, como si el az6car demorase en diluirse. As6 que hab6a llegado la hora. Bebi6 el caf6 con calma, engullendo con sano apetito, a grandes bocados, el pan mantecoso. Se despidi6 con un amplio gesto de la mano y Blanchet le dese6 que se divirtiese en la ciudad.

Afuera, la neblina se hab6a estancado sobre el valle. Todo estaba h6medo, como si hubiese llovido. Tendr6a que bajar con cuidado. No era hora de desbarrancarse ni de ir a hacerle compa6a a las vacas que pastaban en las laderas. Sus cencerros y mugidos parec6an m6s n6tidos a esa hora. Las hab6a descubierto un d6a, desde su ventana, y le hizo gracia c6mo trepaban, c6mo manten6an el equilibrio. Supon6a que la calidad de la hierba justificaba ese ballet que, objetivamente, era a6reo. Le gustaba verlas balancearse, dudar entre dar otro paso o tascar de frente el cielo, una nube, mientras se azotaban suavemente el lomo con la cola.

Jolines, Goycochea. Con un poco de lucidez, y, sobre todo, coraje, tal vez hubiese podido ser feliz de esa manera. Un pueblo perdido, una monta6a, una peque6a caba6a en medio de los bosques, a la manera de Thoreau. All6 hubieses le6do a los viejos fil6sofos griegos, a los padres de la Iglesia, a los ap6statas, a los herejes de todos los tiempos, todo lo que te interesaba realmente. Y all6 hasta tal vez habr6as escrito, hijo m6o. Y te hubieras ahorrado tantas cosas. Sobre todo esa constataci6n que lo asaltaba por las noches de que su vida era una cadena de equivocaciones. Una trenza de tal modo urdida que a esas alturas ya le era dif6cil librarse de ella. Dif6cil, s6, pero 6era imposible?

Una camioneta que sub6a casi lo sorprende en una curva, por lo que redujo la velocidad a treinta por hora, y procur6 mantenerse rigurosamente a la derecha. Al promediar el descenso de la monta6a vio que la neblina se disipaba y que se convert6a en un difuso colch6n de nubes instalado entre la cumbre de Superbagneres y la ciudad. De pronto comenz6 a sentirse m6s animado. Finalmente no hab6a como la luz, la claridad, las cosas concretas, que hacen que el hombre act6e en la realidad, lejos de las peligrosas especulaciones que incitan al extrav6o. Al yerro, como dec6a su abuelo materno.

La muchacha del correo era pelirroja y le sonri6 mientras le se6alaba donde deb6a firmar. Aqu6, por favor, se6or. Ten6a grandes dientes, pero era bonita. Le dijo algo sobre el peso del paquete, que ven6a recomendado, y 6l hizo

una broma sobre su madre, que creía que debía abrigarse y que le enviaba jerseys, conservas hechas por ella. La chica sonrió de nuevo pero también frunció levemente el ceño, antes de volver a sus ocupaciones. Le buscó la mirada y ella le sonrió de nuevo, pero en forma esquivada esta vez. Tal vez pensaba que había gente indiscreta que no vacilaba en contar a cualquiera sus asuntos familiares. O quizás eran ideas suyas. Tal vez la chica sólo quería seguir vendiendo tranquila sus estampillas.

Puso el paquete en el asiento trasero del auto y se dirigió hacia el parque de las termas, donde estacionó cerca del tióvivo infantil. A esa hora, como todas las mañanas, iba y venía una multitud de curistas. Ya eran las diez y cuarto. En poco más de tres horas, debía encontrarse con ellos, allí, en ese lugar. ¿Para qué venían? ¿Querían darle una mano, darle protección? ¿O había otra cosa? ¿Las sospechas de sus amigos iban acaso más rápido que sus propias intenciones? Podía ocurrir, cosas de ese tipo había visto. Descendió y con naturalidad atravesó el parque, atento a si lo seguían o a ver si alguien se acercaba al vehículo. Luego dio un rodeo y fue hacia la avenida de Etigny, hasta una librería donde compró una novela de bolsillo y un rollo de cinta adhesiva, ancha y sólida.

Tranquilo, Goycochea, que no eres novato en estas cosas. Con paso lento, volvió hasta el automóvil. No, aparentemente nadie se había preocupado por él desde su salida del correo. El paquete no había despertado sospechas.

Condujo el automóvil, primero lentamente y luego a mayor velocidad por las calles cercanas al casino. No vio nada alarmante. Por fin, convencido de que todo iba bien, salió hacia la ruta de Saint Gaudens. Estaba sereno, pero sentía que la grave decisión estaba tomando forma en su cerebro. ¿Lo haría realmente? ¿Y si cumplía ahora, por última vez? ¿Habría una última vez? En determinado momento, después de un gran panel de publicidad, cogió un desvío y se internó por un pequeño camino abandonado. Se detuvo y se quedó inmóvil, con toda su atención despierta, mirando los vehículos que pasaban a lo lejos por la carretera principal. Eran ya las once de la mañana y el sol golpeaba fuerte en las latas brillantes del Peugeot. Por fin se decidió, bajó y se instaló en el asiento trasero, donde estaba el paquete.

Lo abrió con cuidado, utilizando la navaja suiza de mil recursos que él mismo se había regalado en otro tiempo. En varias bolsas de plástico, bien

sujeto con cintillos improvisados, estaba el dinero. Eran dólares. ¿Cuánto habría? Al menos cincuenta mil. Parte de algún rescate, sin duda. Y envueltos en papel encerado y con varias capas de un vinilo lleno de bolsitas de aire, especial para protegerlos de los choques, estaban los tres panes de esa sustancia pastosa y maleable que le recordaba la levadura con que se preparaba el pan en su casa. Cada uno debía pesar medio kilo, al menos. Apretó levemente con el dedo uno de ellos y sintió esa textura casi benévola, elástica, que bien hubiese invitado a un niño a amasarla como arcilla, a hacer patitos, gatos, muñecos sonrientes. Era suficiente cantidad como para hacer volar un edificio. ¿A quién se lo tendrían destinado los de San Sebastián?

Rehizo los paquetes en forma separada, utilizando al máximo el vinilo con bolsitas de aire y, apeándose de nuevo, levantó el asiento posterior y colocó todo en las cavidades protegidas especialmente preparadas para el caso. Estuvo a punto de lanzar la caja lejos del automóvil, pero, haciendo economía de gestos, optó por dejarla en el suelo, cerca de la carretera. La primera parte de su cometido estaba cumplida. Ahora faltaba la segunda, la más difícil: pasar con todo eso la frontera. Y sin ser detectado. Pero, ¿lo iba a hacer realmente? Y, ¿para qué venían los de Biarritz, querían acompañarlo? ¿Estaban locos?

El tiempo corre, Goycochea, ¿tomas o no una decisión? Tendría que invitar a alguna de las curistas que había conocido en esos días, en los periodos de reposo que dejaban las insuflaciones, la ducha jet y el vaporarium. Sí, debería hablar con alguna de ellas. Y más de una estaría dispuesta a acompañarlo, encantada, a dar un paseo por Lérida, estaba seguro. ¿Tal vez la maestra de Lyon que leía *La montaña mágica*, de Thomas Mann? Todas las noches, elegante, triste y aburrida, se paseaba por la sala de juegos o por el bar del casino, mirando al vacío, mirando su pasado, ojerosa, mientras él la observaba desde la barra, paladeando, huraño, su whisky. Sí, ¿por qué no?

La vuelta al hotel la hizo con la mayor prudencia. Sabía bien que la explosión era casi imposible sin el fulminante adecuado, pero un buen choque de carretera, un incendio, desatarían el infierno. Si alguien se estrellara contra su auto, en ese momento, dejaría a Superbagnères sin carretera y él se iría de frente al cielo, literalmente. No, no debía esperar el fin de semana, no era prudente. Vería qué querían sus amigos, si es que eran aún sus amigos y, al día siguiente, después de la cura, hablaría con la maestra de Lyon. La

invitaría a almorzar en el Valle de Arán y, una vez en España, se las arreglaría para que volviese sola. Pretextaría una avería del carro, unas ganas súbitas de volver a ver a su madre, o a amigos, cualquier cosa. No habría problemas, estaba seguro. Pero, ¿realmente iba a hacer eso?

Llegó al hotel sin problemas y estacionó cerca del mirador. Así corría menos riesgos de que alguien lo chocase. Blanchet se le acercó sonriente. No se había quedado en la ciudad, señor Mora, ¿almorzaría en el hotel? No, se lo agradecía, sólo venía a tomar una ducha, a relajarse un poco, tenía que volver a Luchon. ¿Un whisky en la habitación? No, tampoco. Estaba tomando mucho últimamente. Blanchet le dio la razón. Tal vez esta noche, cuando volviera, gracias.

Se duchó rápidamente y salió de la sala de baño envuelto en una bata. Se tendió en la cama y tomó uno de los libros que tenía en la mesa de noche: tres obras de teatro de Anton Chejov. No sabía bien por qué, pero Chejov le encantaba. Tal vez por esa naturalidad en el detalle, por esa lentitud en la pintura de la derrota, por ese aire quieto y asfixiante, sin perspectivas, de la vida provinciana en la Rusia zarista. El había conocido todo eso, pero en la España de los sesenta. Sí, y de todo eso había querido fugar y, finalmente, nada tuvo sentido. Y menos las guerras que él seguía atizando. ¿Hasta cuando?

En los últimos días había terminado por convencerse de ello. Todos los cadáveres que había visto en esos años se lo demostraban. Hasta el segundo de su muerte, hasta que un cerebro había hecho que un índice se engarfiara en un gatillo, habían sido seres humanos que no tenían otro bien que su piel, su vida, sus sueños. Y habían acabado así, sin razón. Por lo menos en la mayor parte de casos. Ni siquiera la muerte de su padre valió la pena, él lo sabía bien ahora, aunque su gesta fuera comprensible.

Y lo suyo era más que absurdo. Siempre lo supo, pero nunca se atrevió a confesárselo. En un primer momento, porque tenía cuentas pendientes con la España fascista. Después, simplemente porque no tuvo el coraje de enfrentarse a sus amigos. Y así había llegado a ese punto. Lobo solitario en medio de la montaña, sólo con derecho a la luna y al aullido. Y así seguiría para siempre, ocultándose del sol, con el rabo entre las piernas. ¿Y si un día pudieras desembarcar en el aeropuerto de Lima y llamar desde allí a Txomin, el perulero, quien, según sabía, era ahora un próspero industrial? ¿Y si le pedía ayuda? ¿Y si Txomin lo instalaba en alguna playa desierta de ese país

remoto y él se dedicaba por el resto de sus días a la pesca, a la lectura, a la poesía? ¿Y si...?

Se levantó sobresaltado y miró el reloj. La una y cuarto, Goycochea. Tenía que apurarse. Ahora sí tenía todo claro. Se vistió a prisa, recogió sus libros y su ropa y los puso en un maletín. Reunió sus papeles, incluso los borradores inútiles que nunca iba a utilizar. O tal vez sí. Y después de examinar atentamente un mapa de la región, bajó con calma, casi con parsimonia. Blanchet puso de nuevo cara sorprendida cuando le pidió la cuenta. El gascón no demoró mucho con las sumas. Sí, tenía que partir. Había recibido malas noticias de la familia y tenía que interrumpir el tratamiento. Tampoco le objetó que pagase con efectivo y hasta hizo un gesto de que le convenía. Por supuesto, sin factura, señor Mora. No, no, a él no le importaba. A quoi bon? El próximo año las cosas irían mejor. Mil gracias.

Ah, señor Blanchet, lo olvidaba. Era muy probable que más tarde alguien lo buscara. Eran parientes y amigos que querían pasar unos días con él en Luchon ¿Podía darles un mensaje? La salud de su madre lo obligaba a viajar urgentemente a España. Por ahora se dirigía hacia el Valle de Arán, para pasar cerca del Aneto y admirarlo una vez más. Luego iría a Viella. Si tenían tiempo, y ganas, que lo siguiesen. Si no, dígales que les estoy enviando por correo conservas de la región, que estén atentos, que les aproveche.

Cuando Goycochea salió a la explanada, sintió nítidamente que estaba renaciendo, que estaba dando los primeros pasos para empezar una nueva vida. Y eso era tan nítido como ese planeador que volaba lejos, sereno como un águila. Antes de subir al automóvil miró el Aneto y le pareció que la montaña le sonreía. Ninguna nube perturbaba el cielo azul de esa tarde veraniega. Otra vez hizo el descenso con calma. En una curva vio que el planeador, que volaba ahora más bajo, era en realidad un ala delta que bajaba lentamente, en círculos, sobre la ciudad.

Al llegar al valle, a la bifurcación, en lugar de ir hacia la ciudad o hacia el paso de Portillon, tomó la carretera que remontaba junto al río Lys. Se juró no parar por nada en adelante. Se juró llegar por carreteras grandes o pequeñas, por cualquier medio, hasta Marsella, y, más lejos aún, hasta Argelia. O, ¿por qué no?, hasta el Perú, donde una playa perdida, lejana, sin fin, lo esperaba. Sí. Goycochea respiró hondo, esperanzado. No se dio cuenta de inmediato que un Renault nuevo, con tres personas, lo seguía a buen paso, manteniendo la distancia.

Contado por: MARIQUITA MARISOL BECERRA BECERRA, de Pallán
Recogido por: EMÉRITA ABANTO RUBIO, de Celendín

LAS ALMITAS

En el distrito de Pallán se celebra el 1 y el 2 de noviembre ‘Todos los Santos’.

Su costumbre es dejar las ofrendas en memoria de los difuntos. Le ponen todo de alimentos como son comidas preparadas, frutas de todo tipo, coquita, aguardiente, cigarro y más harto de lo que más le ha gustado al difunto.

Para controlar si la almita llega o les visita, arrojan ceniza en la puerta. La almita se presenta en forma de polillas.

Luego al siguiente día controlan si ha llegado y ven en la ceniza cuando dejan sus huellas como rastro de patitas de gallina.

Luego se reza para poder celebrar y compartir toda la familia las ofrendas que han dejado las almitas, porque si lo comemos antes de rezar o que la almita lo visite, nos da cólico y se hincha la barriga.



Contado y recogido por: NATIVIDAD GOICOCHEA VÍLLANUEVA,
de Pauca Pata.

NUÉSTROS ANTEPASADOS

Mi madre contaba de sus antepasados abuelos. Que en ese tiempo habían pocas generaciones y tenían más comodidad de vivir. Habían tierras en comunidad y llovía en su tiempo.

Algunos que agarraban bastante tierras una parte trabajaban para vivir y otra parte para criar animales.

Las personas que no han sabido valorar la tierra han terminado en la pobreza: hasta el tiempo de mi madre aquellas tierras se han sido acortando.

Tanto la tierra como la crianza de animales y también los árboles se han ido destruyendo.

Cuando había algunas pequeñas enfermedades se medecinaban con hierbas y de esa manera la generación era más sana.



Autor: ALFONSO PELÁEZ BAZÁN

QUERENCIA

1

Amarrado al tronco de un corpulento sapote –viejo hermano de la choza de don Juan Chalcahuana–, devora el mohíno su porción de fresca grama. Don Juan –ivalga Dios!– cortó del borde de la acequia las plantas más verdes y lozanas.

–Llévelo, pues, don Nemesio. Trato es trato. Ya sabe que todo de bueno tiene: manso, fuerte, bien avenido. En esta choza, señor; ¿quién podrá olvidarlo? Algo me consuela saber que pasa a buen “cristiano”.

Don Nemesio Garrido se apresura a desatar el lazo del macizo tronco.

–Ojalá que todo sea cierto, don Juan.

La mujer y los hijos de éste se van tras el burro hasta la tranca, que al abrirse y volver a cerrarse, cruje extrañamente...

2

El vocerío alegre de seis chicuelos y la bulla jubilosa de tres hermosos canes reciben una tarde a don Nemesio Garrido. Tras muchos días, vuelve de nuevo a casa.

Todos reparan inmediatamente en el burro “mohíno.

–Es un magnífico burro, hijos míos.

Dos largas jornadas, atravesando la cuenca del Marañón, le han probado suficientemente a don Nemesio Garrido que, en efecto, dijo verdad don Juan Chalcahuana.

Luego se abre la tranca del extenso potrero para dar paso al burro de suave pelambre y bonachonas orejas. Allí se entropará con un caballo huai-cho, un burro pacto, una vaca condorilla y un toro casullo. Y la cena humeante, junto al fuego rezongón, espera a don Nemesio Garrido.

3

Corrían los días. El gran burro mohíno soñaba en las tierras distantes y buenas... al tiempo que iba reconociendo todos los paraderos y todos los portillos.

Y la oportunidad no se hizo esperar demasiado. Una mañana, por el portillo más fácil, el burro mohíno saltó afuera del potrero.

Cuando don Nemesio Garrido, tras larga y afanosa búsqueda, encontró los rastros que hablaban, exclamó colérico:

–Ah, era volvedor...

4

Tres días después llega don Nemesio Garrido a casa de don Juan Chalcahuana. Junto al gallardo sapote está el ínclito volvedor.

–No me advirtió usted, don Juan, de tan fea maña...

Y don Juan responde con firmeza:

–No tuve ocasión de saberlo, don Nemesio. Era la primera vez que dejaba su querencia. Y quién iba a adivinar lo que había en sus adentros...

“devora el mohíno su porción de fresca grama...”

Con lentos giros mueve la cola el inefable burro.

–Me lo llevaré siempre. Antes, sin embargo, tendremos que “sacarle” la querencia. ¿Usted “sabe” eso, don Juan?

–No... Pero ya me lo imagino... –responde afligido el viejo Chalcahuana.

Y en efecto, al otro día, junto a la tranca, le “sacaron” la querencia al desventurado burro. Por los belfos, por los ijares, por las ancas, se la “sacaron” sangrante.

–Fuerte mal éste de la querencia, don Juan. Mas con “esto” no hay burro que no sane... y hasta la vista, don Juan.

Y partió don Nemesio, tirando de la ensangrentada sogá, diríase que no

un burro, sino una tragedia...

6

Dos días después, el caballo huaicho, el burro paclo, la vaca condorilla, y el toro casullo reciben de nuevo al burro mohíno. Se llenó de jubilosos gritos el extenso potrero.

Por si acaso, don Nemesio Garrido, reparó todos los portillos.

Todo hacía presumir que el burro mohíno ya no tendría más remedio que aceptar su suerte.

Don Nemesio habló a sus hijos de su gran terapéutica contra el mal de la querencia.

7

Más nadie estuvo en lo cierto... Ocurrió la noche de San Juan... Había en el cielo extraños resplandores. Por los cerros distantes, veíanse las fogatas litúrgicas y el viento hablaba de raros sortilegios.

En una contracción maravillosa de sus carnes, dio el gran mohíno un salto elástico, magnífico...

Desde el otro lado del cerco, las viejas heridas al abrirse de nuevo, sonrieron triunfalmente...

Y una tarde tibia, de un claro día, se oyó de pronto, frente a la tranca de don Juan Chalcahuana, un largo y alborozado rebuzno.



Autor: GREGORIO DÍAZ IZQUIERDO

TAHUÁN

(Fragmento)

● Fuegooo ... !
–¡Doce tiroos!
–¿Doce tiroos ? La pregunta, inconsciente, se perdió junto con el eco que voló rebotando de piedra en piedra cerro arriba.

–¡Corre, Nerio! ¡Escóndete!

–Sí, claro, tengo que esconderme ... Rápidamente dobló la hoja del periódico y lo metió como pudo en el bolsillo trasero del pantalón, y maquinalmente echó a correr.

–¡Por ahí no, animal! ¡Te vas a matar!

Otra vez se sintió desorientado, sin saber qué hacer, qué decir ... trató de ubicarse en el lugar y en el tiempo precisos para ordenar sus actos y lo único que pudo fue ver al capataz del grupo de la otra banda de la quebrada que movía los brazos como loco.

–¡Corre, animal!

El grito le penetró por la nuca al mismo tiempo que un fuerte empujón lo obligó a correr como lo hacían sus compañeros: alocadamente y temerosos de ser alcanzados por las piedras que de un momento a otro iban a disparar los doce tiros de dinamita.

Corría, corría con todas sus fuerzas, empujado por el miedo como lo ha-

bía hecho tiempo atrás en Lima, empujado por el hambre, por el llanto de sus hijos y por la falta de trabajo.

A cada paso un nombre, a cada paso un rostro, a cada paso un grito.

Elita: ¡Papá!. Augusto: ¡No tengas miedo, papá! Carmencita: ¡Tengo hambre, papito! Maritcita: ¡No llores, papaíto! Nellita: ¡Corre papito.corre, escóndete, corre, corre ... !

¡Es fácil correr entre las rocas y los troncos, más fácil que hacerlo entre los carros, pero cuando el miedo va tras de uno, es igual de difícil! –¡Corre, papito! ¡Corre y escóndete! ¡Corre, corre ... !

y ¡Bumm ... ! la primera explosión estremeció los cerros y lo empujó detrás de una roca que le sirvió de protección; millones de diminutas piedras convertidas en proyectiles llovieron en el terraplén del proyecto de carretera donde se abriría más tarde el canal de regadío, en los troncos, en los árboles: ..

La respiración de Nerio, casi agotada, conoció un nuevo ritmo: ¡bumm!, dos; ¡bumm!, tres; ¡bumm!, cuatro ... ; ¡bumm!, diez; ¡bumm!, once. El eco cesó y terminó ahogado en el fondo de la quebrada o rompió sus alas en la cumbre de los cerros, y calló para siempre.

¡Once tiros! Habían dicho doce, ¿no? ..

Lentamente sacó la cabeza por un costado de la roca y abanicó el panorama con la mirada cautelosa, no acostumbrada todavía al agreste paisaje serrano y, como si el silencio pudiera verse, Nerio lo vio, lo vio en su forma terrible,

amenazadora, como seguramente lo vieron los pájaros, las lagartijas, el agua del fondo de la quebrada que habían callado su griterío y aquietado su vuelo y su caminar. Silencio y espera.

Larguísimo silencio, agotadora espera como las tantas veces que tuvo que esperar en el hall de la gerencia con el corazón y el estómago anudados en la esperanza de un pan para sus hijos, acaso con la palma abierta en busca de unos minutos de limosna.

–¡Falta un tiro, no se muevan ... !

El capataz del grupo del frente de la quebrada aspeaba con los brazos sobre la cabeza, con las manos hacia delante, caminando peligrosamente entre las rocas destrozadas. Pero, ¿qué va a hacer este tonto? El nooo que iba a gritar con todas sus fuerzas, no llegó ni siquiera a sus labios. Nerio no era

quién para ordenar o pedir nada; con tanto tiempo de sumisión, con tanta humillación hasta de gritar se había olvidado.

El capataz se acercaba más y más, con la vista fija en la roca que no había estallado. El hueco, a simple vista, estaba vacío. Por él se introducía el hilo de ceniza de la mecha ya consumida, semejando una pequeña culebra aralizada por el mismo terror que había inmovilizado a los obreros, a las aves, a las lagartijas... De pronto algo se movió en el hueco, algo tomó vida repentinamente en el corazón de la piedra, y el corazón del capataz sintió primero el impacto: el hilillo de humo, imperceptible a distancia, se agigantó.

Cerebro y corazón se paralizaron juntos.

Cuando los músculos quisieron actuar por su cuenta era ya demasiado tarde: la explosión acabó con piedra y hombre en una mezcla de humo y estruendo. El grito del capataz, teñido de sangre y de dolor, se estampó en el rostro de Nerio, como si se tratara de su propia muerte. Sus párpados se negaron a cerrarse y sus retinas registraron nítidos los detalles del infierno blanco de allá al frente. Una pierna, cabalgando en un pedazo de piedra, se precipitó al fondo de la quebrada; un brazo convertido en ala voló, alardeando acrobacias, hasta posarse en la copa del árbol más alto de la mitad del cerro; la otra pierna, como aferrándose a la tierra, se estrelló en el talud y allí tomó su último baño de sangre; el otro brazo, la cabeza y el tronco, granizaron junto con la piedra convertidos en partículas de carne y huesos.

Autor: ALFONSO PELÁEZ BAZÁN

UN BURRO MAGISTRAL

En las carreteras o sendas anchas inmediatas a las poblaciones, el paso continuo de las gentes forma caminitos llanos, suaves, aunque estrechos. Para el caminante resultan un alivio, y hasta un placer.

Un día, de regreso a la ciudad, después de mío habitual paseo por el campo. Me ocurrió algo extraordinario y despampanante, en relación con aquellos caminitos. Algo para recordarlo siempre.

El hecho ocurrió en la avenida “Amazonas” de mi tierra (que de avenida no tiene nada). Y fue a la hora en que los campesinos que vinieron a la ciudad por la mañana, vuelven contentos a sus lares, a veces, entonando bucólicas canciones.

Aquella tarde, como lo hacía siempre, tomé uno de los caminitos que el diario caminar de las gentes ha formado en aquel trecho de la carretera al río Marañón.

Desde cierta distancia advertí que por el mismo caminito, en dirección contraria a la mía, venía un burro cargado de alforjas y cestos vacíos. Su paso era calmado, tranquilo.

A medida que se acortaba la distancia, yo iba descubriendo las excelentes condiciones del burro: tierno aun, bien formado, pardo oscuro el color, lustrosa la pelambre, ojos claros y profundos, avizoras las orejas, firme y seguro la pisada. Era un burro de estimación, como suelen calificar las gentes a los animales que, afortunadamente, reúnen buenas cualidades.

Unos segundos más y sólo nos separaba un paso. Y ahí paramos en seco, el burro y yo, el uno frente al otro. Nos miramos, con sorpresa primero, y luego con hostilidad.

Todo parecía indicar que jamás, por nada del mundo iba a ocurrir que uno de nosotros –el burro o yo– cediera el paso. Se había producido un rotundo enfrentamiento, y que no por insólito, era desestimable.

Así pasaron largos y tensos instantes, hasta que llegó el retrasado e incauto dueño, quién aplicó a su burro fuerte y sonora palmada en el anca. El burro entonces se salió del caminito, y haciendo una pequeña curva a uno de mis costados, volvió a entrar en aquel. Problema resuelto, pensé orgullosamente.

Mas no estuve en lo cierto, Mi accidental contrincante, al tiempo de reiniciar la marcha, consideró del caso, muy del caso, aplicarme, aunque sin ferocidad ni alarde, una fuerte patada en las posaderas... Haciéndome avanzar dos o tres pasos, hasta hacerme caer finalmente fuera de la carretera.

Incorporado apenas sobre el duro suelo, me quedé mirando –sin rencor ni soberbia– a aquel extraordinario burro que tan sabiamente supo castigar la descortesía y la petulancia de un infeliz mortal.

Autor: ALFONSO PELÁEZ BAZÁN

CUANDO RECIEN SE HACE SANTO

Muy serio percance le ocurrió en mi pueblo a San Sebastián el 8 de junio de 1887. Os prometo, hipotéticos lectores, que fue el tal percance de esos que a muy raros santos les puede ocurrir en tierra de cristianos. Yo os advierto, además, que el hecho está fuera de toda duda: Aparte de que consta en ya amarillentos infolios, hay todavía personas que pueden dar fe de él.

Más, por favor, no os detengáis a pensar si el Santo de Narbona pudo estar o no en Celendín... Tampoco reparéis en las fechas; no, por favor. Tened confianza —eso es todo—, en que yo os llevaré a buen final, y ya veréis cómo lo que hoy está pareciendo un enigma, resulta más claro que agua destilada.

Todavía caminan por las calles de Celendín —acabáis de saber que Celendín es mi pueblo y como no estoy haciendo un cuento, no tendría por qué cambiarle de nombre—; todavía caminan, os decía, unos viejos casi esqueletizados, de aspecto un poco fantasmal que vienen jalando desde bien atrás del siglo pasado. Son dos viejos que siguen viviendo como si la muerte se hubiera olvidado de ellos. Son como herrumbre del tiempo, o como extraños guarismos de la vida y la muerte. Sobre las veredas azulejas de mi pueblo caminan haciendo con sus chancletas —sucias y horriblemente encogidas como

ellos— un ruido seco, penitente. Tosen con estrépito, y al final de cada acceso el aire se hace en sus pulmones sonidos cavernosos, sibilantes.

Cuando pasan junto a los niños, éstos se le los quedan mirando con tamaños ojos. Y en todos los hogares, el hermanito mayor le dice al menor:

—Si sigues llorando, ¡Te va a llevar don Juan Antonio!

O también:

—Préstame tu corneta si no quieres que llame a don Goyo...

Terror de niños, tales viejos siguen siendo, sin embargo, uno de los mejores atractivos de los velorios. Pues sabed que éstos, en mi tierra, en vez de ser fúnebres y mortificantes, son, por el contrario pintorescos y amenos. No sé... o mis paisanos tienen un sentido muy distinto de la muerte, o es que se vengan así de ella. Lo cierto es que, en mi pueblo, los velorios resultan verdaderas fiestas. Alguna razón debió tener aquél que dijo: “Tres días grandes tiene la mujer celendina: El día de su matrimonio, el día que mata su chanco y el día que muere su marido”. Lo que no quita, desde luego, que la mujer celendina sea de las más fieles.

Don Juan Antonio y don Goyo siguen siendo los más asiduos asistentes a los velorios. Entrad a la casa donde está velándose un muerto, y lo primero que oiréis es la tos exuberante de cualquiera de los viejos. Allí están —en ése y otro ángulo— rodeados de entusiastas gentes que han ido dispuestas a pasar algunas horas de la noche escuchando cosas de otros tiempos. Porque ése el tema de estos viejos; no puede ser otro: El pasado ha cobrado en ellos una importancia vital. El recuerdo es la evasión de los viejos, como la fantasía lo es de los niños.

Por supuesto que en primer término hacen el elogio del difunto, a quien vieron “nacer, crecer y morir”. A renglón seguido hacen la historia de la familia, por lo menos desde tres generaciones atrás. Desquitan, pues, de sobra las copas de aguardiente y las tazas de café con tajadas de dormido. Las bancas de esos ángulos se mantienen compactas hasta bien entrada la noche. EL personaje importante, el hecho notable, la hazaña valerosa, la anécdota picante, las fechorías de algún bandido, las montoneras, las desventuras de más de una dama, de nuevo han tomado vida en una charla miliunanochesca. No es cuento, hijo; es la pura verdad —pontifica cada relato don Juan Antonio.

Hace algunos años, en uno de esos velorios de mi tierra, oí narrar a don Juan Antonio la interesante historia que os tengo anunciada desde hace rato. A los pocos días de haberla escuchado, fui por el archivo del Concejo Provincial y pude confirmar su autenticidad. No sabría deciros por qué he retardado tanto la tarea de escribirla.

Imaginad un hombre vigoroso empujando empeñosamente una pesada carreta a lo largo de áspera y escabrosa senda. Ese hombre podría ser don Eleuterio H. Merino, preclaro hijo de Celendín que durante doce años desempeñó la alcaldía de la provincia. En efecto, don Eleuterio H. Merino, como alcalde y como simple ciudadano, hizo el progreso de su pueblo hasta donde le permitieron las posibilidades del medio y de la época, desde luego. Fundó escuelas en la ciudad y en casi todos los caseríos, y organizó y dirigió un colegio de segunda enseñanza.

En el orden material, hizo construir puentes y caminos, mejoró el plano de la ciudad y levantó edificios (el mercado, la cárcel pública, templos). En su empeño de presentar una ciudad decente, agradable, un día llamó a todos los carpinteros del lugar y les ordenó hacer desaparecer todas las parachacas que muchas casas lucían como balcones. Así lo hicieron, y al cabo de corto tiempo, los hubo ya verdaderos. Otro día, por medio de un bando, declaro de “propiedad común todos animales que, en plan de crianza, revolvían y pastaban en las plazas y calles”. Pues era costumbre inveterada en el lugar (como en todos los pueblos de la sierra) sacar de los corrales, durante el día, las gallinas, los chanchos y hasta los caballos. Con tan enérgico cuanto divertido bando, el alcalde Merino resolvió en pocas horas el problema más difícil y antipático de cuantos tenían que afrontar los municipios.

A su gran inteligencia y firme voluntad se unía una atrayente manera de ser; es decir, era un hombre simpático y con mucha vena de humorista. Se cuentan de él sabrosísimas anécdotas. Escribió dos importantes obras que han quedado inéditas. Una sobre religión y otra sobre historia del país. Y se recuerdan aún los saraos literarios que él supo mantener hasta la hora de su muerte.

Año tras año lo elegían alcalde. Desde luego, eran aquellos otros tiempos. Entonces se elegían a los alcaldes, y la ciudadanía no tenía más indicadores que los merecimientos de cada hombre. Y por supuesto que no

escaseaban los buenos ejemplares de varones. Los tiempos han cambiado, indudablemente. La especie humana ha perdido en peso y en calidad.

–¡Huf! Ahora ya no hay en los pueblos hombres como para alcaldes –afirma desconsolado don Juan Antonio moviendo de un lado para otro la nevada cabeza.

Entre gritos de alborozo y cantos de esperanza despuntó el 1° de enero de 1886, y el Sol apareció radiante por la fila de Jelig. Los tejados de las casas ardieron en oro y las paredes blancas resplandecieron de candor. Volaron bien alto los quendes, los guanchacos, los zorzales y los gorriones. De los hornos de las Velásquez empezaron a salir los ricos pasteles de manjar blanco. En las esquinas de la plaza principal se instalaron las vendedoras de naranjas y lúcumas. Allí estuvieron doña Runda y doña Anguina.

Las tres cantinas de la calle central se fueron llenando de señores connotados, dispuestos a tomar en rueda unas cuantas copitas y luego retirarse a almorzar, cada cual en su casa, en dichosa compañía con los suyos, Honorio, el ciego horrible pero orgulloso y trabajador, está dando sus alegres dianas con tambor y quena al alcalde, al subprefecto, al gobernador, al cura.

Por la tarde, las damas, luciendo fantásticos trajes y lindas sombrillas venidas desde París, visitarán los nacimientos. Los hombres, entretando, asistirán a la sesión del Concejo.

A la una de la tarde empezaron a llegar los señores concejales. A las dos no faltaba ninguno. Allí estuvieron todos con sus rígidos y deslumbrantes cuellos de caucho y sus amplios sacos partidos. EL señor alcalde, don Eleuterio H. Merino, lucía fin levita y pantalón de fantasía. Eran los ciudadanos dispuestos a servir a su pueblo con todo patriotismo y desinterés. Luego fueron llegando grupos de ciudadanos de toda condición social. Comerciantes, agricultores, artesanos y los pocos empleados del Estado.

La sesión del primer día de cada año tenía, entonces, dos finalidades: Oír la memoria del alcalde y formular un programa de trabajo para el nuevo año. Cuando la sesión quedaba terminada, todos se iban pacíficamente a sus hogares. Entonces, creo que no se conocía la cerveza.

Don Eleuterio H. Merino leyó, pues, su memoria. Todos llenos de respeto y simpatía escucharon al alcalde. Este no usó más palabras que las necesarias para exponer exactamente todo lo hecho por el Concejo durante

el año que acababa de expirar. Luego se pasó a la segunda parte. Fueron sometidos a discusión importantes proyectos, siendo casi todos aprobados.

Hubo uno que mereció especial atención de los señores concejales. La terminación de la Iglesia de la Purísima Concepción; faltaban los techos solamente. Hacía tiempo que la obra estaba en ese estado, y no había por qué seguir contemplando tal abandono. Se invocó el ornato público y la fe católica.

Empero, el municipio no contaba con recursos suficientes. Sus entradas apenas le permitían sostener algunas escuelas y dar alumbrado a dos calles de la población. Por otro lado, ya todos los habitantes de la ciudad habían contribuido de ésta o aquella manera, y el Concejo no veía correcto volver a molestarlos. Pero Dios estaba de por medio. Uno de los concejales les dio la fórmula salvadora: Demandar la ayuda de todos los caseríos del distrito. Cada uno de ellos contribuiría con madera, carrizos, cueña o tejas.

—Si el Concejo, estimados compañeros, acuerda hacerlo así, podemos contar desde ahora, si no con todo, con gran parte del material —terminó don José Rojas Cisneros.

La idea fue acogida por toda la corporación y el público. Inmediatamente, otro de los concejales sugirió una “mejora” a la proposición de su colega. Habló de la conveniencia de “tomar en cuenta al santo de cada caserío”.

—Así, señores, los moradores se sentirán más obligados a satisfacer nuestra demanda. Todos ellos son profundamente devotos de sus santos —fundamentó su insinuación don Prudencio Díaz Arana.

Hubo un rumor de aprobación en toda la sala. Radical e irónico, habló enseguida don Pedro Ortíz Montoya:

—Yo creo, conciudadanos, que, sea que tengamos que dirigirnos a los moradores o al santo, habremos de hacerlo no en forma de demanda, sino de mandato. Esta es mi opinión.

Siguieron a estas palabras algunos segundos de vacilación en toda la concurrencia.

—Bien, señores —habló el alcalde—, ¿encarecemos y ordenamos? Resolvamos esto en primer término. Luego trataremos de acomodar lo mejor posible al santo.

Tras una corta discusión, el acuerdo del concejo quedó cristalizado así. “Ordenar a todos los caseríos para que, en nombre de sus respectivos santos, proporcionen los materiales que el Concejo habrá de señalarles.” Acto seguido, se escribió la siguiente relación:

Santa Rosa de Guayabas: 50 tijeras y 200 manojos de cueña.

San Antonio de Ishcaihuasi: 200 varas, 50 mellas y 30 cargadores.

San Francisco de Chuclalás: 300 varas y 200 manojos de cueña.

San José de Pilco: 3 000 tejas. Niño de Pumarume: 2 000 tejas y 100 manojos de cueña.

San Isidro Labrador: 50 tijeras y 1 000 tejas.

San Sebastián de Llanguat: 20 000 carrizos. Candelaria de Chacapampa: 100 cargadores y otras tantas contra cargadoras.

Se tuvo en cuenta, por supuesto, las posibilidades de cada lugar, vale decir, de cada santo. Así, por ejemplo, para señalarle a San Sebastián 20 000 carrizos, se recordó que el rico valle de Llanguat, aparte de producir en abundancia dicho material, todos sus propietarios gozaban de cierta holgura económica.

A las 5 p.m. se levantó la sesión. Dos días después, o sea el 3 de enero, dos alguaciles repartieron las órdenes a todos los caseríos. Las fechas en cada uno de éstos habría de entregar su aporte estaban indicadas con toda claridad. Entretanto se irían construyendo los retablos, los altares, etc. Y el 8 de diciembre de aquel mismo año, día de la Purísima Concepción, quedaría inaugurada su iglesia. Lo había acordado así el honorable Concejo de Celendín en su sesión del 1° de enero.

Desde el 1° de abril de aquel año empezaron a llegar los materiales. Primero fueron las tijeras y las cargadoras; luego las varas, las mellas y las cueñas. Finalmente, por el mes de septiembre, las rosadas tejas. La llegada de cada santo trayendo su aporte constituía todo un suceso local al que los chicos realizaban con sus gritos noveleros y traviesos:

—¡Santa Rosa!

—¡La buenamoza!—¡La mentirosa!

Otro decía:

—¡Candelaria de Chacapampa!

—¡Con sus cargadoras y sus contracargadoras!

El señor párroco y uno de los síndicos del Concejo hacían la recepción del material. Declarada la conformidad, algún vecino entusiasta obsequiaba a la comitiva con dos o tres botellas de cañazo. Y al caer el Sol, santo y devotos volvían al caserío acogedor.

Pero hubo un rebelde... ¡Sí, hubo un rebelde! Mientras todos los santos de la comprensión, como acabamos de ver, respondieron cristianamente, San Sebastián no hizo caso de la orden municipal. San Sebastián se burló del señor alcalde y de todos los concejales juntos. San Sebastián no trajo un carrizo. Durante largos meses, cada vez que las gentes oían por las calles ese ruido borrascoso peculiar que hacen los tercios de carrizos al ser arrastrados por las cansadas bestias, salían a sus puertas creyendo ver los carrizos de San Sebastián.

—¿Oyes? Al fin... Pero el desengaño estaba ahí, nomás a un paso. Siempre se trataba de dos o tres cargas de carrizos para algún vecino de la ciudad.

Llegaban, en cambio, desde el valle, ciertos rumores desfavorables:

—Señor Alcalde, mande notificar con la fuerza; así no más, no crea que obedezcan los llanguatinos. No se cansan de decir que ellos no son carneros —informaba algún buen hombre al señor alcalde.

Este no respondía. Pero es bien seguro que debía rabiarse terriblemente en sus adentros.

El Concejo, para no fallar en sus determinaciones tuvo que hacer esfuerzos supremos. Obtuvo carrizos de diferentes modos. Hubo gentes que desataron parte de sus techos. Y el 1° de diciembre de aquel año quedó terminada la iglesia de la Purísima Concepción. Se dieron las últimas manos de pintura y se colocaron las campanitas —una más grande que otra— en la torre de la derecha.—¡Qué campanas! Un celendino dice que el mundo no hay iguales. ¡Cómo son, en verdad de dulces y de vibrantes sus sonos! Manos divinas echaron oro fino en sus entrañas ¡Qué cándida alegría en sus repiques, qué ternura en sus plegarias, qué suave y fina angustia en sus dobles! Quien nació oyéndolas, vuelve desde lejos para volverlas a oír.

La novena de la Virgen se sirvió en su propia iglesia.

Hay inusitada animación en toda la ciudad. En los barrios de Colpacicho, Siracucho y Las Lagunas, es más espeso y prolongado el humo de las cocinas. En colosales ollas de tierra se están cocinando los tamales envueltos

en hojas de achira. Desde bien temprano, las familias del centro mandan pagar “su parte”. Don Rodolfo, don Eduardo, don Julio, don Felipe, don Hermógenes “contratan” sus puestos en las mismas cocinas, junto a la olla colosal y a la payanca seductora.

Es la víspera del Corpus Christi.

Los niños están extraordinariamente contentos. Ellos solos se darán asueto por la tarde. Corpus Christi les ofrece la oportunidad de desbordar sus energías y entusiasmos en gritos y carreras desaforadas. Son dos días –la víspera y el día– que los niños no cambiarían por todas las fiestas del año juntas. Y todo el secreto reside en una costumbre que tiene cierto olor a paganismo. La víspera del Corpus Christi todos los santos de la comprensión se vienen a la ciudad acompañados de extraño séquito. Todos los feligreses, vistiendo sus mejores trajes, y una danza delante del santo.

Las danzas son comparsas de fieles disfrazados de chunchos, de diablos, de pallas, de animales, etc., que vienen ejecutando bailes grotescos al son de dos viruchos y un bombo. Los bailes generalmente no tienen ni ritmo ni gracia. A medida que avanza el extraño séquito, se les va enardeciendo la sangre a los danzantes por efecto de la agitación y del cañazo que cada uno de ellos trae en un gran cuerno; y entonces, empiezan a lanzar gritos salvajes, cavernarios.

Como raros heraldos, dos toros de poncho presiden la entrada de cada santo. Dando estridentes mugidos, embisten contra la muchedumbre de curiosos para abrir ancho paso al séquito.

Con ellos, con los toros de poncho, es que tienen que ver los niños. El placer de éstos es provocar al toro con pintorescos apodos y pepas de palta. El toro los persigue furioso, y los niños corren velozmente, produciendo un desbarajuste completo en la calle. Y así hasta llegar al atrio de la Iglesia del Carmen. Allí se encuentran todas las danzas y allí se confunden en un solo frenesí. Las familias distinguidas contemplan el paso de los santos desde sus balcones. Horas después, todos los santos de la comprensión quedan reconcentrados en la mencionada iglesia hasta el siguiente día.

Cada danza retorna a su comarca, no sin antes detenerse frente a cada establecimiento de licores. El jefe de la danza se acerca al “señor comerciante” y le pone al hombro un gran pañuelo, cuyo color puede ser verde,

amarillo o morado. La “distinción” vale una botella de cañazo. Minutos después el susodicho jefe restituye el gran pañuelo a cambio de la botella vacía.

Los bailes se van haciendo lúbricos, odiosos. Los toros de poncho no cesan de perseguir a los niños. Generalmente, al caer la tarde, el saldo es alguna cabeza rota.

En el día no hay nada nuevo sino la procesión. Todas las danzas vuelven de sus caseríos para asistir a ella. Por la tarde, las calles, como la víspera, se llenan de gritos salvajes y olor a cañazo. Desde épocas lejanas, así es hasta hoy la fiesta de Corpus Christi en Celendín.

Hace 65 años, el 8 de junio de 1887, víspera del Corpus Christi. Los chicos están que se mueren de contento.

—¿Vendrá el toro zarco?

—¿Vendrá con su vieja?

—¿Vendrá la Guayabina?—¿Traerá cañas San Sebastián?

—¿Has amontonado ya tus pepas?

Tales son las preguntas que se hacen los niños en sus escuelas.

En el almuerzo, en vano sus madres les exigen comer con tranquilidad.

—¡Criatura de Dios, todavía no llegan las danzas!

—Tú no sabes, mamita. Aurelio, mi amigo de La Tranza, nos ha dicho en la escuela que la Guayabina viene a las doce.

Echa algo en los bolsillos y se va corriendo.

Dos de la tarde, las familias celendinas se aprestan para el chocolate. Las campanas de la Iglesia del Carmen acaban de anunciarlo y solemnizarlo. Solemne y bien puntual era, en verdad, hasta hace algunos años, el chocolate celendino.

Severo bastón de chonta con sencillo puño de plata. Don Eleuterio H. Merino sale de su casa y se dirige a la Plaza de Armas. Cosa extraña, por supuesto. A don Eleuterio no le gustan las danzas. Hasta tiene la idea de terminar con ellas. ¿Qué querrá ahora?

Se detiene en una de las esquinas de la plaza y mira insistentemente de un lado para otro. En la plaza ya están las danzas de la Candelaria, del Niño Dios de Pumarume, de San José de Pilco, por el barrio de Siracucho acaba de sonar un cohete anunciando a la famosa Guayabina de Santa Rosa.

Y por Las Lagunas se oyen ya los taladrantes mugidos del toro zarco de San Francisco.

Don Eleuterio H. Merino sigue mirando con extraordinario interés. No tarda, sin embargo, en convencerse de que no ha llegado aún San Sebastián.

Se dirige hacia la otra esquina del mismo lado de la plaza, y allí se encuentra, por casualidad con don Saturnino Baella, uno de los concejiles.

Cuando más animada está la conversación del señor alcalde y su concejil, llegan hasta ellos los estentóreos mugidos de los toros de San Sebastián: ¡Muuu! ¡Muuu!

Con toda presteza, don Eleuterio vuelve la vista para ese lado.

—Es San Sebastián —le advierte don Saturnino Baella.

Don Eleuterio sigue mirando sin decir nada.

San Sebastián trae dos toros. Sus devotos portan como emblemas gruesas cañas de azúcar con todas sus hojas. De los palos del anda penden tremendos poros de miel. Los danzantes, como siempre, visten extrañas indumentas adornadas con choloques, shilshiles y cuernos de venado.

Se perciben ya claramente los sonidos de los bombos y los viruchos: ¡Bum... bummm! ¡Idigu... digu... diguuu! Entre breves minutos San Sebastián estará muy cerca del señor alcalde. Este y su concejil siguen mirando.

—¿Se acuerda usted, don Eleuterio, que San Sebastián no cumplió con la orden municipal de ahora año y medio?

—¿Cómo iba a olvidarlo, señor y amigo? Si por eso estoy aquí...

Con sorprendidos ojos, don Saturnino Baella se queda mirando al señor alcalde.

En su empeño de abrir camino, los toros de San Sebastián llegan hasta la esquina. ¡Muuu... muuu! Y vuelven jadeantes hasta la danza. En la nueva embestida se pasan de la esquina.

De pronto, don Eleuterio alza su severo bastón y con voz clara y enérgica, ordena:

—¡Alto!

De primera intención, los danzantes nada comprenden, y el jefe de ellos se apresura a poner en el hombro del señor alcalde un gran pañuelo morado.

El concejil se pone entre divertido y nervioso. El alcalde enrojece de cólera.

–¡Retírate, cholo insulso! ¡Y pare la danza!

Cuando han callado los viruchos y el bombo también, vuelve a hablar don Eleuterio, pero esta vez dirigiéndose al mismo santo:

–¡Oh, San Sebastián! Vos, que tuviste que veros con Dioclesiano, allá en la remota era de los mártires, vais ahora a entenderos con un humilde alcalde de provincia... Soy yo ese alcalde.

La más grande sorpresa se apodera de todos. Y tras breve pausa, continúa don Eleuterio:

–Desobedecisteis, vos, mi orden, que fue la voz del pueblo. Grave pecado, bien lo sabéis, es la desobediencia. Por ella perdieron los hombres su felicidad, según lo decís vosotros. Y sin duda, en el afán de recuperarla, es que ellos también castigan tal pecado. Y en mis dominios vais a convenceros de que las leyes son parejas e inflexibles...

Todo el séquito de ha ido petrificando en medio de la calle. Los curiosos que han ido agrupándose alrededor del alcalde habrían estallado en una inmensa carcajada si don Eleuterio H. Merino no hubiera puesto en sus palabras, en su gesto, en sus ojos claros, toda la gravedad de que era capaz.

Don Saturnino Baella estaba atónito.

El alcalde termina:

–¡En nombre, pues, de Dios y del Pueblo os tengo decretada detención por 24 horas en la cárcel pública, que en esta ciudad es la misma para todos!

Con sus apacibles ojos, San Sebastián mira lleno de asombro al señor alcalde. Así, al menos, parece.

–¡Vamos! –ordena enérgico don Eleuterio, indicando con su bastón la cárcel pública.

Mudos los viruchos y el bombo, la danza enfila por la izquierda.

Como saliendo de un letargo, las mujeres de la comitiva de San Sebastián se acercan al alcalde y claman:

–Por los cielos, patroncito, amito, gringuito... no lo lleve...

Los hombres, más ajustados a la realidad, y más francos, le dicen:

–Impónganos, señor alcalde, la multa que quiera, pero déjenos con nuestro santo... Hoy nos toca divertimos.

El alcalde no responde nada. A su lado camina don Saturnino Baella. Lentamente, apaciblemente, avanza San Sebastián hacia la cárcel pública.

–¡Alcaide! –Llama decidido don Eleuterio H. Merino.

Aparece al instante un hombre alto, moreno, de rudas facciones y torvo mirar.

–Mande, su señoría.

–Instale a este ilustre santo en la sala de presos, y mañana, a esta misma hora, lo pone en libertad. Y nadie de los que entran cargando el anda se queda adentro.

El hombre de torvo mirar se queda boquiabierto, pero tiene que obedecer. Cuando la reja de la prevención se cierra detrás de San Sebastián, la sorpresa de los presos que están en el patio no tiene límites. Y cuando se abre la sala de presos para meter ahí al santo, aquellos terminan por no creer lo que ven.

Don Eleuterio H. Merino se dirigió a la alcaldía y ordenó al secretario convocar a sesión extraordinaria para las 7 p.m. Luego se puso a leer.

A la hora indicada, todos los miembros del ayuntamiento estaban reunidos. Abierta la sesión, el alcalde se puso de pie y en forma breve y concisa dio cuenta del procedimiento tomado por él en contra de San Sebastián de Llanguat:

–Sois dueños, honorables miembros del Concejo, de pronunciaros libremente sobre la actitud del alcalde –fueron sus últimas palabras.

Al tiempo que hablaba don Eleuterio H. Merino, corrió traviesa a lo largo de la fila de concejales, una corriente de buen humor que luego se hizo discreta sonrisa en cada rostro.

Hablaron sucesivamente casi todos los concejales.

–Yo, compañeros, interpretando en forma el proceder de nuestro ilustre jefe –dijo don Edilberto Silva–, estoy de acuerdo con él, y espero que lo estaréis todos uniformemente.

–Dos mal pergeñadas frases, apreciados colegas –anunció don Mariano Burga–. Hoy ha quedado escrito en la historia de Celendín una de sus más sugestivas páginas. Por eso, señores, yo no solo que estoy de acuerdo con lo hecho por el señor alcalde, sino que le ofrezco mi encendido aplauso.

–Seréis benevolentes, señorías, para escuchar también mi voz –suplicó don Tomás Velásquez_. El progreso de nuestro pueblo exige unión y obediencia a la autoridad. Cuando los ciudadanos comienzan a desobedecer y a desunirse, todo está perdido. Por eso, yo también aplaudo al señor alcalde.

Hablaron otros, más o menos en igual tono. Luego se redactó el acta y firmaron de una vez.

Cuando don Eleuterio H. Merino llegó a su casa, a eso de las 8 p.m., encontró allí al párroco y a dos de las más encopetadas damas de entonces, doña Paula Velásquez y doña Dorila Tejada.

–Me imagino que habéis venido a interceder por el mártir Sebastián.

–Exactamente –dijo el cura Gastañeduy-. Y esperamos de su señoría la benevolencia de permitir la entrega de la imagen a esos fieles que están, no lo dude vuestra merced, arrepentidos de haber desobedecido vuestro mandato.

Don Eleuterio esperó que hablaran las damas.

–Es usted, sin duda, el más culto y gentil de nuestros paisanos, y no dudamos obtener vuestra gracia –roció al alcalde doña Dorila.

–Sí, sí –confirmó doña Paula.

Don Eleuterio se puso de pie y contestó a todos.

–demasiado comprendo la razón que tuvisteis por haber venido hasta aquí. Más, ¡oh infortunio! Vuestro empeño no conseguirá falsear acuerdo memorable de la Comuna. Lo siento por vosotras ilustres damas. Y por usted también, doctor Gastañeduy.

Un breve, pero aplastante silencio siguió a las palabras de don Eleuterio. Luego, las damas y el cura se pusieron de pie para abandonar el salón.

Don Eleuterio acompañó a sus distinguidas visitas hasta la puerta de la calle, y antes de despedirlas, les dijo, entre jocoso y serio:

–Conformaos, después de todo, pensando que San Sebastián debe estar muy contento de pasar una noche entre facinerosos, es decir, entre hermanos desgraciados que no pudieron ser santos... Y, por lo demás, nada extraño sería que alguno de ellos, por milagro de San Sebastián, claro, resulte también con ganas de pertenecer a la corte del Señor... ¿Por qué no?

Rieron todos y despidiéronse cordialmente.

Entre claro y oscuro, el alcaide de la cárcel hizo meter, sigilosamente,

seis botellas de cañazo, tres libras de coca, cinco trueques de cal y diez atados de chuscos. No era posible que los presos dejaran pasar así nomás una noche tan extraordinaria. Tenían por compañero a un santo. ¡Y nada menos que a San Sebastián!

Fue así como, a eso de las siete, los presos hicieron rueda junto a San Sebastián. El cholo Julca, ladrón de cuenta, púsose inmediatamente a soplar la coca en su mugriento poncho habano con listas cabritillas. Manqueras, violador de doncellas, repartió parsimoniosamente la cal. El Tongo, victimador de viejas, repartió con largueza los chuscos. Vargas, salteador de caminos probó de las seis botellas para comprobar si era el mismo trago. El Gavilán, viejo pájaro de las alturas, tendió unos cueros de oso. Mientras el Guacrayo, terror del pueblo, profería blasfemias.

–Con perdón de ti, Zarquito –dijo campechanamente Vargas, dirigiéndose a San Sebastián, al tiempo de empezar su armada.

–¡Pobre don Sheba! Él seguramente nunca vio pasar estas cosas –ayudó el cholo Julca, mientras las menudas hojas saltaban en torbellino sobre el mugriento poncho.

–Buena suerte has tenido, amigazo –agregó el Manqueras.

–¡Santo va a ser recién desde ahora! –anunció cínicamente un viejo siniestro que tenía cicatrices en las mejillas.

–Bueno. Dejen tranquilo a don Sheba, y cada uno empiece a contar algo –propuso el gavilán.

–Si quieren, le tapo las orejas... se atrevió el Tongo.

–No. Que oiga –ordenó terrible el gran Guacrayo.

Y así fue, en efecto. San Sebastián oyó todas las cosas de que son capaces los hombres. Las oyó durante la noche, en medio de una extraña salmodia de caleros.

Vargas contó, con evidente nostalgia, de sus mil asaltos en la jalca de Cumulca y Jadibamba. El Tongo, con asombrosa tranquilidad, narró sus degüellos de viejas. El Manqueras, vulgarote y lascivo, metió extraña calentura en la sangre de sus oyentes refiriendo sus “aventuras galantes”. El Gavilán, sombríamente habló de los talalanes, esos agujeros tremendos por donde los hacendados arrojan a los ladrones. EL Julca habló de cosas parecidas. El viejo siniestro refirió la escalofriante de sus dos cicatrices espectaculares. El

terrible Guacrayo se concretaba a lanzar blasfemias durante toda la noche.

Casi al amanecer, la fatiga y el sueño, como dos grandes montañas, cayeron sobre los miserables. Al otro día, a las seis de la mañana, se podía ver alrededor del santo mártir un repugnante saldo: Infinidad de puchos sobre un suelo teñido de verde.

Los presos se quedaron dormidos hasta bien subido el Sol. Cada cual, al levantarse, cambió, por supuesto, miradas con San Sebastián. Este tenía nublados de humo los ojos.

A las tres de la tarde entraron los llanguatinos y sacaron su santo. Sin detenerse un segundo más, todo el séquito tomó presurosamente para el valle.

Huelga decir que durante mucho tiempo lo ocurrido a San Sebastián fue el tema de todas las conversaciones. Corrieron, incluso, toda clase de chismes: Se hablaba, por ejemplo, de la excomulgación de don Eleuterio H. Merino. Pero don Eleuterio Hache (como le llamaron familiarmente todos sus comprovincianos) Tenía demasiada preocupación por el progreso y la cultura de su pueblo como para prestar oído a hablillas y chismes.

Y así quedó escrito en mi tierra el proverbio: “¡Con don Eleuterio Hache, ni los santos”!

Autor: JORGE PEREYRA TERRONES



HISTORIA DE UN NOMBRE

A Perseo, mi padre, con ternura pura.

CREO QUE MI PADRE ESTABA borracho cuando me lo dijo. Yo tendría unos diez años y estaba a su lado, en la sala de nuestra casa, dibujando paisajes imaginarios en un viejo cuaderno. El narraba a sus amigos aquellas fabulosas historias que sólo él sabía contar. Ellos lo miraban arrobados y casi sin pestañear. Dominaba a la perfección el manejo de las necesarias pausas de un relato, a fin de cuidar la continuidad del suspenso. Recuerdo que yo seguía de vez en cuando el hilo de su narración, aunque a veces decía cosas que no entendía.

Terminó la anécdota que estaba contando, y sus amigos celebraron el insólito final a carcajadas. Luego todos ellos se dijeron mutuamente “Salud” y se bebieron de un solo golpe sus vasos de cerveza. Después de una pausa se volvió hacia mí, me miró como si pudiera ver los más oscuros resquicios de mi alma, y de pronto sin aviso me soltó la pregunta a boca de jarro.

— ¿Y tú sabes por qué te llamas Jorge?

Me quedé como si se me hubiera adormecido la lengua, y sólo atiné a responder:

— No, papá. Quizás escogiste ese nombre porque te gustó.

Mi padre se quedó mirándome con esa sonrisa pícara, tan suya. Su rostro había alcanzado esa expresión de beatitud, o de Nirvana alcohólico. De sus ojos salían chispas. Se sirvió otro vaso más de cerveza, carraspeó, se lo bebió de un

trago, y después de unos segundos de suspenso que parecieron siglos, volvió a hablar:

— Tu nombre, hijo, tiene una historia y una razón de ser. No es un nombre cualquiera que se me ocurrió. Así que mejor deja de dibujar tus garabatos y escucha en silencio lo que te voy a contar.

Sus amigos también dejaron de hablar, y hasta mi gato Calígula abrió un ojo. Dijo que en la época en que los apristas atacaron varios cuarteles militares, él dirigía en Lima un periódico clandestino, a través del cual se propagaba el programa aprista y se denunciaban los crímenes de la dictadura. El diario La Voz del Pueblo salía cada vez que encontraba un impresor valiente que no le importara jugarse la vida o cuando la policía política no requisaba todos los ejemplares.

Una noche tocaron a la puerta, de la pensión donde vivía, dos individuos con abrigos gruesos abotonados hasta el cuello. En ese momento se dio cuenta que por fin habían dado con él y que no había escapatoria posible. Le preguntaron cortésmente si se llamaba Manuel Perales. El dijo que sí y que quién lo buscaba. “El señor Ministro desea hacerle unas preguntitas, señor. Y quisiéramos que nos acompañe”, dijo uno de los policías. “No tengo el honor de conocerlo”, replicó mi padre. “Usted no, pero él sí lo conoce a usted y muy bien. Así que mejor nos acompaña”, acotó el mismo policía sin dejar de sonreír. Mi padre no dijo nada y se quedó callado mirando al otro policía, al que tenía cara de bulldog, y rápidamente llegó a la conclusión que su trabajo periodístico clandestino había acabado y que también todo se había ido a la mismísima mierda. Luego tomó su abrigo para protegerse del húmedo invierno limeño, puso veinte soles en su bolsillo y se sentó en el asiento posterior de un vehículo sin placas que esperaba en la calle con el motor prendido. Flanqueado por los dos detectives, vio por la ventanilla las angostas calles del Rímac mojadas por la garúa invernal y unos perros flacos que se disputaban a dentelladas los restos de una bolsa de basura.

Nunca vio al Ministro del Interior. Se lo llevaron directo al embarcadero de La Punta y de allí a la isla penal de El Frontón en un viejo bote que se movía como una cáscara de nuez. El viaje duró un par de horas, y al desembarcar pudo oír una fuerte descarga de fusilería.

— Están fusilando gente —le susurró a media voz un recluso que estaba en el muelle amarrando el bote.

Sintió un nudo en el estómago y se dijo para sí mismo: “hasta aquí llegué, carajo”. El dolor de un culatazo en su hombro derecho lo sacó de sus cavilaciones y la voz ronca de uno de los celadores lo obligó a moverse rápidamente, a recoger su abrigo y a saltar del bote.

“... los apristas y los comunistas deberían ser exterminados de la faz de la tierra, como un cáncer”

Los guardias los formaron en una sola fila y luego un sargento con cara de pocos amigos pasó lista llamándolos por sus nombres. Era un grupo de veinticinco reclusos. De ellos, diecinueve eran presos políticos y sólo seis podían considerarse presos comunes. El sargento dijo que allí aprenderían a ser hombres, que los apristas y los comunistas deberían ser exterminados de la faz de la tierra, como un cáncer, para que no anduvieran asaltando cuarteles, y que por cada militar muerto ellos iban a fusilar a diez revoltosos. Habían sido asignados al Pabellón Tres y mientras se encaminaban hacia él, pudieron escuchar a sus espaldas el ruido del oleaje rompiéndose con furia sobre los acantilados.

Camaron por espacio de quince minutos y al llegar a su destino, el sargento les dijo, antes de romper filas, que si tenían suerte podían agarrar una litera que no estuviera ocupada. El Pabellón Tres era un lóbrego edificio de dos plantas de concreto, y por los vidrios rotos de las ventanas se colaba un viento frío y salobre que venía del mar. A ambos lados de la única habitación, se alineaban los camastros de madera con sus viejos colchones de paja, los cuales olían a una mezcla de orines y sudor. Al final podía verse el baño, donde había una sola llave de agua y tres agujeros para que defecaran los reclusos del primer y segundo piso. En ese lugar se hacinaban doscientos cincuenta y tres reos, la gran mayoría de ellos presos políticos.

El Chino Chang se le acercó despacio por atrás, sin que lo notara, y le preguntó si acababa de llegar al Frontón. Sin decir nada, con la cabeza, le respondió que sí. “Entonces mejor te apuras en conseguirte una piedra grande, para que te sirva de almohada, porque aquí en el Frontón no existen esos lujos”, dijo el Chino, riéndose a carcajadas.

Ambos se dieron la mano y se presentaron sólo con sus nombres de pila. El Chino le preguntó a mi padre si era comunista. Este le respondió que no, que era aprista. “Bueno, eso no importa, nadie es perfecto. Ambos somos pri-

mos ideológicos, pues yo soy comunista”, le dijo. “Y la única diferencia entre nosotros es que mientras ustedes son aficionados, nosotros somos profesionales”.

El Chino era de baja estatura, con unos ojitos traviesos que apenas se notaban debajo de sus lentes gruesos, y caminaba con la elegancia de un aristócrata. Se devoraba todos los libros que caían en sus manos. Y podía decirse que su erudición sobre cualquier tema dejaba pasmado a cualquiera. Era abogado y había dejado de ejercer la profesión al poco tiempo de salir de la universidad. Fue en la sierra central del Perú, defendiendo en su primer juicio a unos mineros impagos, donde se dio cuenta que la Justicia se inclinaba por lo general hacia el que tenía más dinero. De allí que su ingreso a la lucha clandestina fue sólo cuestión de días. Lo capturaron, herido y desangrado, después que le explotara un cartucho de dinamita a poca distancia, al intentar volar la caja fuerte de una compañía minera.

Ambos se hicieron grandes amigos y por todas partes se los veía conversando o discutiendo con fervor sobre diversos tópicos filosóficos. Además de dialéctica marxista, mi padre aprendió de él la saludable costumbre oriental de rascarse todas las mañanas, con un cuchillo, esa mucosidad blanca que durante la noche se deposita sobre la lengua. El Chino decía que ése era el secreto de la longevidad. También aprendió a fabricar bombas de mano y a tejer canastas de estera en los seminarios que diariamente se impartían en el Pabellón Tres, también llamado el Pabellón de los Condenados.

Una noche vinieron y se lo llevaron a rastras hasta la playa donde fusilaban a los presos políticos. Y después de un simulacro de fusilamiento, lo regresaron a su litera. Volvió pálido, sudoroso y temblando. El Chino le dijo que no se preocupara, que eso les hacían a todos una vez por semana, esos malditos conchadesusmadres, nomás para quebrarles la moral, y que el día que verdaderamente lo fusilaran no iba a sentir nada, pues lo que realmente jode es la incertidumbre de no saber cuando uno va a morir. Así que, Manuel, cálmate y créeme que en tu último y supremo momento vas confrontar al pelotón de fusilamiento con la cabeza en alto.

Como ese simulacro hubo otros. Pero ya no surtían el efecto del primero. Aunque cada día se daba cuenta que muchos rostros familiares iban desapareciendo gradualmente. Los ejecutaban en la noche pero nadie sabía dónde enterraban los cuerpos.

Escapar del Frontón era una tratativa absurda. Las heladas aguas y el fuerte oleaje del mar se habían encargado en el pasado de ahogar a los desesperados que intentaron huir a nado de la isla. Todos sabían que nadie podía escapar con vida y contar su aventura después. Por eso los dejaban que vagaran sueltos por la playa.

Habían pasado ya cinco meses desde que lo trajeron, aunque a Manuel le parecía que habían transcurrido cinco años. Debido a las pésimas condiciones higiénicas en que vivían, en ese lapso perdió algo de pelo. La comida era mala y escasa, por lo que también perdió unos quince kilos de peso. Tenía asimismo una alergia a la piel que lo obligaba a rascarse constantemente como si fuera un perro sarnoso. Pero nunca perdió la moral ni tampoco la fortaleza de sus convicciones políticas.

Esa mañana de invierno, mientras recogía caracoles en la playa, se dio cuenta de pronto que la luz era de una tonalidad diferente y el viento tenía un sabor especial. Además, las gaviotas se balanceaban suspendidas en el aire sin emitir ningún graznido. Entonces entendió que le había llegado por fin su hora.

Por eso no se sorprendió cuando un pelotón de soldados, al mando de un capitán, lo rodeó sin dar explicaciones. Uno de ellos le amarró las manos y lo ató a un poste, mientras otro trataba de ponerle un pañuelo negro en los ojos. Rechazó con un rápido movimiento de cabeza la venda y sólo pidió al oficial que le diera unos minutos para rezar:

Alzó los ojos humedecidos al cielo y dijo casi como en un susurro: Gracias Dios por haberme permitido llegar hasta este momento y gracias también por enseñarme a amar a los más necesitados. Y te pido en este instante final que derrames tu gracia divina sobre mí para seguir sintiendo la paz de los que creen en tí y en un futuro mejor. Nos creaste al principio un mundo perfecto, y nosotros lo arruinamos. Pero estoy seguro que los que vienen detrás de mí lograrán con su lucha recuperar otra vez ese paraíso. Y sólo quiero que sepas que si volviera a nacer volvería a hacerlo todo exactamente igual y a optar por los oprimidos. Dios mío, te amo.

Luego su vida empezó a desfilarse rápidamente como un torbellino ante sus ojos, y se vio niño, muy niño, caminando torpemente hacia los brazos abiertos de su madre que le sonreía. Aún tenía los ojos cerrados cuando escucho al capitán decir: “Preparen..., apunten...”. Entonces apretó los puños y entreabrió

los párpados para mirar a quienes lo borraban de un plumazo de este mundo.

— ¡Alto, carajo! ¡Paren esta ejecución! —vociferó un oficial de más alta graduación que llegó corriendo hasta donde estaban.

Manuel no podía creer lo que estaba viendo. El oficial era nadie menos que su primo, el comandante Santiago Perales, a quien no veía desde hacía por lo menos diez años. El comandante ordenó que lo desataran y luego le dijo al capitán que había un nuevo gobierno y que éste había dispuesto la suspensión de todos los fusilamientos hasta una nueva orden y también una amnistía política restringida. El capitán se cuadró militarmente, saludó a su superior y luego se retiró de la playa al paso ligero junto con su pelotón.

— ¡Carajo, Manuel, qué susto que me pegué! ¡Creí que no iba a llegar a tiempo! —dijo el militar con un nudo en la garganta y casi con lágrimas en los ojos, al tiempo que desataba a su pariente y lo abrazaba con emoción.

Luego se estrecharon en un gran abrazo y ambos lloraron dejando que se hiciera pedazos la enorme represa de sus emociones. Santiago le contó que había llegado ese mismo día a la isla con un indulto para él firmado por el ministro del Interior y que un recluso que barría la oficina le dijo que si no se apuraba otro inocente más corría el peligro de ser fusilado.

Amnistiado, abandonó El Frontón ese mismo día, casi al filo del mediodía. Todas sus pertenencias quedaron para los demás compañeros que aún seguían presos, según la ley no escrita de esa isla, menos el abrigo que se lo regaló al Chino. La barcaza se bamboleó otra vez de regreso como cáscara de nuez. Pero hasta que desaparecieron las últimas imágenes del embarcadero, continuó mudo con el puño izquierdo en alto, en respuesta al distante saludo que el Chino le hacía desde tierra.

Sin un centavo en el bolsillo, desembarcó en La Punta. Parecía un loco con la barba crecida y la cara le brillaba como un espejo. De cualquier manera, tomó el tranvía La Punta–Plaza San Martín para llegar a Lima, a la pensión donde solía vivir. Pretendiendo que leía, y avergonzado de su lastimoso aspecto, tomó un periódico que alguien había dejado abandonado en un asiento para taparse la cara.

— ¡Su pasaje, señor! —dijo el cobrador del tranvía con una mueca de fastidio. Pero el amnistiado siguió leyendo imperturbable, como si la cosa no fuera con él.

— ¡Su pasaje, por favor! —volvió a insistir el cobrador al no tener respuesta. Entonces ardió Troya.

— ¡Carajo, y desde cuándo uno que sale de El Frontón paga pasaje! —preguntó bramando el ex preso político.

El cobrador dio un salto hacia atrás, asustado. Y los boletos se le cayeron torpemente de las manos. En ese momento, un hombre joven, muy bien vestido, sentado al final del tranvía, se puso de pie y dijo:

— Yo pago por el señor...

Manuel volteó y le agradeció al extraño con un rápido movimiento de cabeza. Y continuó con la lectura del periódico.

El tranvía atravesó extensos sembríos de hortalizas entre Lima y Callao, hasta que se detuvo luego de dos horas en medio de un impresionante chirrido de frenos en la Plaza San Martín. El periodista se apeó rápidamente de un salto y cuando ya llevaba caminado un buen trecho oyó que le gritaban:

— ¡Don Manuel, espéreme, por favor!

El hombre joven, que le había pagado el pasaje, era el que gritaba al tiempo que corría detrás de él agitando las manos. Manuel esperó que llegara hasta él y luego le dijo que le agradecía muchísimo por el encomiable gesto de pagarle su pasaje, pero que ahora le disculpara pues estaba muy apurado y tenía muchos asuntos que atender.

El joven se lo quedó mirando sonriente, y con una sonrisa desafiante le preguntó:

— ¿Don Manuel, de verdad no se acuerda de mí? ¡Soy Jorge... Jorge Soriano..., hijo del sastre Soriano... en cuya trastienda se reunían todos ustedes a conspirar! Hace dos meses que me recibí de ingeniero civil, y me he permitido pagarle su pasaje pues yo también comulgo, al igual que mi padre, con sus ideas políticas.

Manuel sonrió embargado por la emoción, lo abrazó afectuosamente, y antes de que las lágrimas saltaran a sus ojos le confesó:

— Jorgito Soriano... ¡Pero qué sorpresas que da la vida y qué grande que estás muchacho! Si no me lo dices, no te hubiera reconocido. Te prometo que el próximo hijo que tenga llevará tu nombre para no olvidarme jamás de este noble gesto tuyo y también de este momento. ¡Y ahora sí, acompáñame a mi pensión para tomarnos unos piscos a la salud de tu padre y también de la tuya!

Luego se volteó hacia mí y me dijo: Por eso te llamas Jorge. Tu nombre tiene una historia y no es cualquier historia. Es un homenaje a la caballerosidad que existe entre dos hombres. Y no dijo más.

En sus ojos y en los de sus amigos brillaba una húmeda emoción. Carraspearon todos, y sin previo aviso, se bebieron de un golpe sus tragos no sin antes brindar nuevamente por la amistad

Autor: JORGE PEREYRA TERRONES

REGRESO A CASA

Sintió en sus pulmones el aire frío de la puna, Y en ese preciso momento, al coronar la más alta cordillera cajamarquina, Mauricio supo que sus horripilantes pesadillas sobre la muerte habían llegado por fin a su término. El ruidoso ronroneo del motor del autobús en el que viajaba de regreso a su tierra natal, lo sacó de sus fúnebres cavilaciones. Desde las alturas del cerro El Gavilán contempló al mediodía el bello paisaje del valle de Cajamarca y su corazón gradualmente se llenó de paz.

También divisó a lo lejos las delgadas columnas de humo que se desprendían de las cocinas de leña de algunas fincas enclavadas a un extremo de la verde planicie andina. Era la hora del almuerzo y se imaginó un caldo de chochoca con paico borboteando en la olla, mientras los cuyes, abiertos en canal, chisporroteaban de espaldas en el aceite caliente.

Al finalizar la guerra de Cenepa, el soldado Mauricio Cotrina había regresado a la ciudad del Cumbe, de la que salió cinco meses atrás para enrolarse como voluntario en un batallón de fuerzas especiales. Nadie lo obligó a ello. Pero su juventud y sus clases de Historia del Perú complotaron para inflamar su patriotismo y para persuadirlo de que tenía que acudir al maternal llamado de la Patria. Aunque las dantescas escenas que vio en la guerra, sin su aureola de gloria y glamour, lo convencieron de que en realidad había descendido al mismísimo infierno. Atrás quedaron los combates nocturnos, cuerpo a cuerpo, en la jungla de la frontera peruano-ecuatoriana. Y también el olor putrefacto de los inse-

pultos cadáveres de los soldados de ambos bandos, despedazados por la minas antipersonales y los animales salvajes.

El autobús continuó su lento descenso por el camino asfaltado y bordeado de pencas y retamas, mientras los huanchacos silbaban sus peculiares trinos en las ramas de los más altos eucaliptos. Y al cabo de una hora ya fue posible observar con nitidez los tejados color marrón de las casas de su ciudad y las altas torres de piedra de la iglesia de San Francisco.

Al arribar al terminal de autobuses, y antes de tomar un taxi para dirigirse a la casa de sus padres, Mauricio quiso hablarles sorpresivamente por teléfono:

—¡Mamá, papá... he regresado a casa! Pero antes quisiera pedirles un favor... He venido con un amigo y me gustaría invitarlo a nuestra casa.

—¡Pero, por supuesto, hijo! Nos encantaría conocerlo. Ya sabes que tus amigos son nuestros amigos. Y más que todo porque peleó a tu lado en la guerra del Cenepa.

Mauricio se mantuvo en silencio unos segundos y luego continuó:

—Sin embargo, hay algo que quisiera que ustedes sepan. Mi amigo Gamaniel pisó una mina explosiva en el área de Tiwinza y, como consecuencia de ello, perdió un brazo y una pierna. No tiene familia y tampoco un lugar adónde ir. Por lo mismo, quisiera que se quede a vivir con nosotros.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea y luego habló el padre:

—Me appena oír eso, hijo. Quizás podamos encontrarle algún otro lugar para que viva.

—¡No papá y mamá. Ustedes no me han entendido!... ¡Quiero que viva con nosotros!

—Hijo... —dijo el padre— Tú no sabes lo que estás pidiendo. Un inválido como él sería una gran carga para todos nosotros. Gamaniel necesita un cuidado especial. Nosotros también tenemos nuestras propias vidas y no podemos dejar que algo como esto interfiera con ellas. Creo que debes venir a casa y olvidarte de ese asunto. Estoy seguro que él hallará cómo vivir sin tu ayuda.

Después de escuchar esto último, Mauricio no le contestó a su padre durante unos segundos y luego colgó el teléfono. Sus padres no volvieron a escuchar de él por un tiempo.

Sin embargo, un mes después, sus progenitores recibieron desde la ciudad de Trujillo una súbita llanada de la policía. Y sin que tuvieran tiempo para reaccio-

nar, les dijeron si rodeos que su hijo había muerto instantáneamente después de arrojarlo desde la azotea de un edificio de cinco pisos. Y se presumía que podría tratarse de un suicidio.

Los angustiados padres viajaron a Trujillo y de inmediato fueron conducidos a la morgue de la ciudad para identificar el cadáver de su hijo. Lo reconocieron rápidamente cuando lo trajeron sobre una camilla con ruedas y envuelto en una sábana blanca de la que sobresalía sólo la cabeza. Ambos se abrazaron al cuerpo sin vida de su único hijo y lloraron amargamente hasta que quedaron sin lágrimas y sin voz.

Recordaron su llanto al nacer una tibia mañana de primavera, su ternura y su amor por los animales, su primera comunión vestido todo de blanco, sus premios en la escuela y su admirable obediencia y amor para con ellos. Había sido el hijo perfecto, el alumno envidiado y el joven solidario que socorría siempre a los más débiles y menesterosos.

Por qué Dios se llevaba siempre a los más buenos? ¿Por qué los había bendecido con un hijo tan ejemplar para luego quitárselos sin previo aviso?

De pronto, la sábana que cubría el cuerpo de Mauricio se movió y cayó al suelo. Y descubrieron, para su horror, que su hijo tenía tan sólo un brazo y una pierna.

Recopilación de: DANIEL QUIROZ AMAYA (DAQUIRAMA)

EL FRAILE SIN CABEZA

Cuenta la tradición que la primera iglesia que hubo en Celendín fue la capilla de la Inmaculada en la calle de la Pura y Limpia Concepción de Celendín, hoy calle Dos de Mayo.

Cuenta también que los primeros misioneros del coloniaje fueron frailes Franciscanos y que uno de ellos, de origen español, versado en Sagradas Escrituras, quedó prendado de la belleza de las celendinas de antaño, una de ellas era extremadamente bella y preciosa y frecuentaba la iglesia de la Inmaculada Concepción, allá por el S. VI.

Tan enamorado estaba el fraile que pronto, muy pronto la chica se dio cuenta de los deseos del religioso y cuentan las malas lenguas que la preciosa celendina correspondió los amores del franciscano.

Los superiores del fraile se percataron de los amores ilícitos y optaron por retirarlo de la misión franciscana de Celendín y lleváronle a otra misión lejana de las enmarañadas profundidades de la selva amazónica con la intención de que el fraile olvidara a la bella celendina.

La malaria y las fiebres tropicales de nuestra selva enfermaron al fraile gravemente y por más tratamiento que le dieron seguía enfermo, melancólico y triste por la bella mujer que había dejado en Celendín.

Fue la fatalidad que el franciscano murió sumido en la más terrible melancolía pues la amaba tiernamente.

Los caballeros noctámbulos y las mujeres juzga vidas que hay en todos

los pueblos dieron la noticia que un fraile franciscano en traje de penitencia y arrepenimientos, salía por las noches de luna de la iglesia de la Inmaculada, rezaba las humildes plegarias de la Santa Porciúncula y entraba al templo; volvía a salir rezando y retornaba nuevamente. La particularidad del hecho no era otra cosa que el santo arrepentimiento del fraile que oraba en las noches de luna por su pecado. Lo grave era, según los fisgones de la época, que el fraile arrepentido no tenía cabeza, era un cuerpo caminante que entraba y salía de la iglesia rezando todas las noches más visible en las noches de luna.

Recopilación de: DANIEL QUIROZ AMAYA (DAQUIRAMA)

LA CARRETA DE LA MUJER JUDIA

● Fuegooo ... !

—¡Doce tiroos!

—¿Doce tiroos ? La pregunta, inconsciente, se perdió junto con el eco que voló rebotando de piedra en piedra cerro arriba .

A fines del S. XVIII, cuando Celendín ya estaba delineado con sus calles derechitas, trazadas a cordel por el enviado del rey, topógrafo español llamado José de Comezana. De acuerdo a la usanza virreinal las mujeres de dinero andaban en carruaje jalado por caballos y conducido por un mozo de caballería látigo y espuelas.

El sereno Municipal encendía las luces de la ciudad y apagaba los faroles de la calle principal y de la plaza de armas a las 11 de la noche; después de lo cual, de acuerdo a las leyes españolas nadie podía transitar por la población sin permiso del Intendente y sin permiso del Ilustre Ayuntamiento.

La carreta de la judía de era elegante y veloz tirada por 2 hermosos caballos y 2 mulares y recorría rauda la calle principal a las doce de la noche. Aparecía por la Plaza de Armas y se perdía por las últimas cuadras de la ciudad.

Conocido el hecho por el Alcalde, el cura doctrinero y el propio Intendente de Trujillo, ya que en Celendín pertenecía a la Intendencia de Trujillo, el Intendente' y las autoridades ordenaron a los alguaciles de la Justicia

Mayor darle caza a aquella carreta furtiva que recorría las calles de la Villa Amalia de Zelendín, trasgrediendo ordenanzas reales, en abierto desafío a la autoridad de rey, del virrey, del intendente y del cabildo, siempre después de las doce de la noche.

Preparados los alguaciles por mandato de la autoridad virreinal, se parapetaron en los sitios menos visibles de la Villa y vieron pasar la rauda carretera que llevaba a una mujer judía en la calesa.

Las mulas echaban chispas centellantes en la noche al vuelo del carruaje, asombrados por el hecho vieron estupefactos que la carreta no tenía mozo de látigo y que las mulas y caballos se manejaban sin el mozo del carruaje que toda carretera lleva.

Capturada la carreta, descubierta la calesa encontraron a una mujer, ataviada de joyas y alhajas de gran valor; mujer de raza judía que cuando se fundó Celendín había rechazado el santo bautismo, puesto que varios judeo portugueses aceptaron la fe y desde entonces fueron llamados los nuevos cristianos, adquirieron derechos de ciudadanía y la protección del rey y de la iglesia. Y por lo tanto la mujer no tenía derecho ni podría entrar al reino del Señor; por eso vagaba de noche desesperada por las calles de la ciudad de Celendín.

Recopilación de: SANTOS DE CHAQUIL

LA LEYENDA DE LA PAMPA DE LA CULEBRA

El curaca de Cajamarca tenía una hija muy hermosa, admirada y Pretendida por todos cuantos tenían la dicha de admirar su belleza. En cierta oportunidad, atraído por la fama de la doncella cajamarquina, llegó a estas tierras el hijo del poderoso curaca de los chachapoyas, apuesto doncel acompañado por un numeroso séquito, quien llegando hasta el soberano de Cajamarca le entregó el preciado regalo que le remitía su padre y además le Expuso su intención de casarse con la princesa. El curaca, cautivado por la donosura y arrogancia del noble joven chachapoyano, lo alojó en el mejor de sus tambos, dentro del palacio de Chiquichancay, dispensándole el mejor de los tratos. El pretendiente permaneció en estos parajes por espacio de un año, tiempo que aprovechó para seducir a la hija del curaca sin cumplir su ofrecimiento matrimonial. El padre, ante la ofensa inferida, dispuso la prisión del joven y de su séquito en las obscuras mazmorras de una prisión. Uno de los miembros de La comitiva, pudo escaparse para llevar la infausta noticia al jefe de los chachapoyas, quien enterado de los acontecimientos armó una poderosa expedición punitiva, con el objeto de liberar a su hijo y castigar al orgulloso líder cajamarquino. El soberano de los caxamarcas, informado de la expedición, tomó los aprestos pertinentes para rechazar a los invasores y luego de invocar la Protección de los dioses, marchó al frente de sus ejérci-

tos al encuentro de Las tropas enemigas. El sitio denominado Chaquil sirvió de escenario a un sangriento combate que al atardecer se definía a favor de las belicosas tropas de los chachapoyas. En estas circunstancias, el curaca de los caxamarcas invocó nuevamente la protección del dios Ninayacu, quien compadecido de la muerte de sus súbditos envió en su defensa al dios del Tragadero. Mientras tanto, los chachapoyas también recibieron la protección de sus dioses, los mismos que ayudaron a sus fieles convirtiéndolos en una gigantesca culebra que avanzaba inconteniblemente, diezmando a las huestes cajamarquinas que llenas de pavor se aprestaban a la huída. En ese preciso momento, el dios del Tragadero, convertido en rayo flamígero, cayó sobre la cabeza de la inmensa culebra fulminándola instantáneamente. El cadáver de aquella sierpe forma en la actualidad la Pampa de la Culebra, ubicada cerca al distrito de la Encañada, a unos 35 Km de la ciudad de Cajamarca.

Recopilación de: DANIEL QUIROZ AMAYA (DAQUIRAMA)

LA LEYENDA DEL CERRO TOLON

La leyenda quedó plasmada en la imaginación popular hasta que las investigaciones geológicas dijeron que en la cresta de Tolón no hay oro. Allí hay una caverna perforada por orden de Francisco Pizarro, con resultados completamente negativos.

La verdad de los hechos demuestra que el cerro Talón arde con una rara fosforescencia en las noches de luna verde, mejor dicho en el tránsito del cuarto menguante a la luna nueva.

Decenas de caminantes, noctámbulos, cazadores, campesinos han visto arder al Cerro Tolón en las noches de luna verde.

La imaginación popular afirma que el cerro Talón es encantado y que en la profundidad de la caverna, allí se encuentran cautivas las almas de los ricos de Celendín; allí debe morar el espíritu de Don Augusto Gil, Don Porfirio Díaz, Don Martín Ortiz, Don Zoilo Silva, Don Sixto Quevedo, Don Pedro Mejía, que mucho o poco tuvieron que ver con la historia del cerro encantado.

El estudio científico el sabio francés Henry Reichlen ha demostrado que sí es cierto que Talón arde en las noches de luna nueva, cuando la atmósfera está obscura, identificó la fosforescencia con un aparato que se llama Contador Geiger Muller, se trata de una rara luminosidad visible en las no-

ches; son emanaciones de fósforo radioactiva producto de la descomposición e los huesos de la huaca I que hay en la cresta de Talón; mejor dicho se trata de fuegos fatuos, que provienen de la descomposición del fosfato tricálcico.

Las evidencias del oro las encontró Fuscán, un indio huaracino contratado por el hacendado Don Pedro Mejía Zegarra, pero no en la cresta del cerro, se trata de oro macizo en partículas semimicroscópicas, que el río lava y arrastra aguas abajo.

Contado por: ELMER SILVA CABANILLAS, de Malcat
Recogido por: ESTELITA MEDINA HUINGO, de Lanche

LA MADRE DEL POZO

En mi caserío había una laguna en la parte baja que no tuvo agua. Decían los antiguos que en la parte alta había un pozo que tenía agua y tenía madre.

Los antepasados cuentan que un día llovió muy fuerte y aquel pozo se levantó y bajó a la parte baja y se formó una laguna. Después que el agua había bajado, vino en forma de un animal que era un pato con sus crías de color amarillo.

Al llegar al agua, todo se movió de un lado a otro. Y cuando llegaba la luna verde se aparecía el pato con sus crías.

La gente se sentía feliz porque tenían agua para sus animales.

Pero llegó un día en que había un señor que era malo, que no querían que den agua a sus animales y la gente no lo hacía caso. El señor al ver que la gente no le hacía caso le echó secana.

Al echarlo secana, la madre de agua se fue saliendo en forma de nube negra y el agua comenzó a secarse poco a poco. Y el señor que había echado la secana se fue.

Contado por: DIONISIO LOBATO, de Ramón Castilla, Libertad, Pallán.
 Recogido por: SANTOS MAYTA CARRIÓN, de 7 de Junio, Libertad, Pallán.
 APRONSAC Y RED DE BIBLIOTECAS RURALES DE CAJAMARCA



LAS COMIDAS VIVAS Y LA CASA DE DIOS

Mi abuelito me contó que él estaba trabajando en una pirca y también tenía una barreta.

Un día se apareció una culebra que quería picarlo y él le dio un barretazo. En eso apareció una centella con garuga y él no se acordó más y días se acordó que staba en el cielo y Dios le estaba curando su cabeza ande le dio el trueno.

Tamién dijo que Dios le dio un vaso de leche con pan.

Ahí era un almacén de todas comidas y un cuarto que atiende a los enfermos. Y en eso vio que todas las comidas son vivas: llegó un grano de trigo arrastrau sus tripas, tamién las papas sacau los ojos, un maíz a quejarse que era cojo y una tusa llegó quemada, tamín llorando y otra tusa llegó arrastrau las tripas.

Eso es lo que vio en el cielo.

Entonces Dios le dijo:

– Ahora te curo y te vas por un tiempo, no te necesito, después te traeré y diay se recordó en su mismo sitio, pero trastornau con su cara y su cabeza quemau.

Por eso nos dijo que no lo botemos poray a los granos o a las tusas al camino porque se tropellan y lo revientan y se van llorando a Dios.

Autor: JORGE A. CHÁVEZ SILVA, "CHARRO"
El primer carro pasea triunfal por la plaza de armas
(Foto cortesía del Prof. Rubil Escalante García)



EL PRIMER AUTOMÓVIL EN CELENDÍN

Esta hermosa fotografía rescatada de los anaqueles del tiempo nos transporta a las primeras décadas del siglo XX. 1921, aproximadamente, basándonos en la versión de Manuel Silva Rabanal, quien en su libro "Folclor vivo de mi pueblo" nos dice que su abuelo, don Santiago H. Rabanal, alcalde de 1920 a 1930, mandó construir la rotonda con ocasión de celebrarse el Centenario de la Proclamación de la Independencia en Celendín (5 de enero de 1821).

La rotonda servía como mirador de la plaza de armas, preferido de las damitas de entonces y como podio para la banda de músicos en las retretas que sacaban de la monotonía a la apacible vida del pueblo. Esta rotonda fue destruida en 1940, cuando se remodeló la plaza de armas. Se hicieron las veredas de cemento y se inauguró la hermosa pileta de piedras geométricas por obra del alcalde Aureliano Rabanal Pereyra, hijo de don Santiago Hache Rabanal. Entonces no existía la carretera que hoy nos une a Cajamarca y a la costa. Los viajes se hacían en caravanas y duraban dos días, pues se hacía pascana en la hacienda Polloc de Julio Cacho Gálvez. Las caravanas se organizaban para protegerse de los bandoleros que esperaban al acecho en las jalcas de Sendamal (Senda del mal). La carretera recién se construyó en 1930, mediante la Ley de Conscripción Vial dada por el Presidente Augusto B. Leguía, y llevada

a la práctica por don Santiago Hache cuando fenecía su ejercicio de alcalde. Un josegalvino de apellido Díaz, de la familia de los Chospes, hombre que había recorrido mundo, como lo prueba cierto poema satírico que alguna vez leí: “Un Chospe en París”, aficionado a los automóviles, para más señas, tuvo la audaz idea de llevarse un automóvil a Celendín.

Empresa difícil para la época pues era imposible traerlo manejando. Entonces tuvo la idea de desarmarlo y transportarlo a lomo de mula para volverlo a armar en Celendín. El automóvil, un Studebaker de color rojo, con manivela y capot plegable, causó sensación entre la población de entonces que gustosa pagaba veinte centavos por pasear alrededor de la plaza de armas.

En la foto podemos apreciar el desfile alegórico de una belleza desconocida, seguramente con ocasión de la primavera, el chofer, presumiblemente el tal Chospe, luce el casco de cuero y los anteojos que usaban los conductores de entonces, el fondo de la Iglesia del Carmen es magnífico pues se aprecia los detalles de la construcción: La efigie de la Virgen del Carmen sobre el pórtico, que, a propósito, ¿dónde estará?, las espadañas que albergaban a las dos campanas que llamaban a los fieles a la misa y otras particularidades más, como el hecho de la pintura original de la foto.

Lo que llama poderosamente la atención es la elegancia de los celendinos en torno a la rotonda, todos lucen sombreros y algunos trajes con chaleco y corbata y en el otro extremo los campesinos ataviados con sus ponchos. ¿Será una prueba de la antigua dicotomía ciudadano–campesino que reinaba por entonces? Los shilicos de entonces eran racistas y a todo aquel prójimo nacido fuera de los límites de la ciudad le endilgaban el despectivo de “estanciero”, cuando no “indio”. Así era la cosa.

EL TERNO NEGRO DE CÉSAR VALLEJO

Del grupo que estuvo en Francia, perseguidos unos, exiliados otros, durante el gobierno de Leguía 1919 – 1930, entre los que se encontraba César Vallejo, J. C. Mariátegui, Armando Bazán Velásquez, celendino, Alcides Espelucín, Haya de la Torre y otros, se sabe que pasaron muchas penurias en condición de refugiados políticos, escritores, poetas, etc.; sin mayor ni mejor porvenir económico que el mercado incongruo y la audiencia de los conciliábulos de ideas republicanas democráticas que efervecía en París.

Tanta era la pobreza de los exiliados que no tenían ropa buena ni alimentación completa y tenían un solo terno negro que lo usaban por turno para salir a las conferencias.

Alguien notó que los exiliados peruanos siempre usaban un terno negro y cuando le preguntaron a César Vallejo porque siempre usa el mismo terno, al interlocutor le contestó que está de duelo por la patria ausente, gobernada entonces por un régimen autoritario como el de Leguía.

Esta anécdota aparece mencionada en una de las biografías de Haya de la Torre, en la de Vallejo y en la de Armando Bazán, y viene al caso porque Armando Bazán Velásquez es el escritor celendino que ha escrito la mejor biografía de Mariátegui – “Mariátegui y su tiempo” y porque fue compañero

de estancia en París del Vate Universal César Vallejo.

Los otros dos luchadores sociales llegaron a España a estudiar y entregarse a la causa de la república, fueron cajamarquinos: Juan Valera y Absalón Vergara Ortiz. – Valera sufrió por su participación en la causa republicana de la Guerra Civil Española, veinticinco años de cárcel y fue liberado por intervención de Armando Bazán, el año 1962, dadas las vinculaciones de Bazán con el cuerpo diplomático, durante el gobierno de Dr: Manuel Prado Ugar-teche; el otro cajamarquino Absalón Vergara Ortiz cayó abatido en el bombardeo fascista de Barcelona; 1934, su recuerdo todavía palpita en el seno de su familia.

Autors: JORGE WILSON IZQUIERDO

LA CARCELERÍA DE CÉSAR VALLEJO

César Vallejo está en Santiago de Chuco. Mayordomos de la fiesta patronal son: Carlos Santa María y Carolina Aranda. El subprefecto Ladislao Me' a se rodea de las familias: Paredes, Jiménez, Rabelo, Moreno, García, Vásquez, Ciudad y Vallejo. Los Santa María reían con los aldeanos, quienes esperaban el momento de la venganza. De los policías traídos de Huaraz y se emborracharon Mendoza, Calderón, Pereyra, Guevara y Ortiz, quienes amotinándose sueltan a los presos. Al intervenir el subprefecto, disparó y como ante la reacción civil, caen heridos dos, el alférez Dubois huyó con los revoltosos.

El subprefecto, Benjamín, Rabelo y Vallejo, no pudieron comunicarse con Trujillo, por haber desaparecido el telégrafo, y teléfono, pero hicieron el informe. Luego rondó la ciudad acompañado, además, del juez Martínez Céspedes, y Héctor Vásquez. El pueblo se dividió en dos bandos y uno de estos saqueó e incendió, a media noche, el establecimiento comercial de Carlos Santa María. Por tanto, Vallejo, que ayudaba al subprefecto a redactar los partes y comunicaciones, nada tuvo que ver con los desmanes que se produjeron.

El juez Iturri Luna Victoria; de Trujillo, influenciado por el gobierno de turno y por rencores personales en aquella ciudad, ordenó la captura

(31.08.20) de José Moreno, Héctor Vásquez y de los hermanos Manuel, Víctor y César Vallejo Mendoza entre 14 de los inculpados. El juez había sido condiscípulo de Vallejo en la universidad y hasta su amigo, quien desoía la versión del propio subprefecto que era el testigo principal. El poeta, sin prestar instructiva, fuga atravesando diferentes pueblos y cuando llega a Huamachuco, se entera de la orden de su captura. Santa María lo había calumniado y el juez dábale crédito. Entonces marchó a Trujillo, y se escondió en la casa de Antenor Orrego Espinoza, quien vivía con su sobrino, Julio Gálvez Orrego, experto en cocina.

Para mayor seguridad, Vallejo, pasó a la casa del Orden. Andrés Ciudad (San Martín 221), donde también se refugiaba Héctor Vásquez. Al allanar la casa, a solicitud de Carlos Santa María, la policía sorprendida encontró también a Vallejo (06.11.20). Estaba de juez Daniel Checa, personaje coludido con el subprefecto de Trujillo, Eduardo de la Flor, policías, escribanos, etc., todos a una. Vallejo fue trasladado a la cárcel pública de Trujillo, atado y exhibido por las calles Orbegoso, Plaza de Armas, Pizarra, etc. hasta ser recibido por el alcaide Cipriano Barba. El poeta ha gritado su inocencia, ha protestado por la brutal humillación y la calumnia; pero nadie se solidarizó con él. Media hora duró ese ignominioso recorrido a vista y paciencia de todas las gentes del lugar. Fue registrado bajo el W 387. Su celda, entrando a la izquierda, era estrecha, húmeda, nauseabunda, oscura. Un catre de fierro sin frazadas, ni agua ni servicio higiénico. Su expediente fue tramitado por el juez suplente Antenor Tejada. En forma gratuita lo defiende el Dr. Carlos A. Godoy al lado de todos sus amigos que luchan denodadamente por su libertad. Chiclayo, Lima, Arequipa, Puna, protestan y se organizan comités de damas con la misma finalidad. Transcurrieron 112 días tristes y azarosos. Al salir se fue a Lima luego a Paris, con una total ausencia de rencor; pero con la eterna pesadilla que el caso vuelva a los tribunales...

ADENDAS

BIOGRAFÍAS

Aliaga Zegarra Gutemberg

Nace en Sucre, (Celendín). Profesor de Castellano y Literatura. Sucre–Celendín, conocedor de los sentires y los decires de su tierra, se sumerge en su historia, para en su festiva forma de narrar, hacernos cómplices de sus relatos. Primer Puesto Concurso Nacional de Cuento “Alfonso Peláez”, Lima 1992. Libro de narrativa “El sueño del floripondio”.

En el año de 1981, obtuvo mención honrosa en el concurso Nacional de “Cuentos andinos”, realizado por el Ministerio de Educación, la FAO Holanda, economía y comunidad Campesina.

En el año de 1991 obtuvo el Primer Puesto en el Concurso de Cuento “Alfonso Peláez Bazán”, organizado por la asociación Celendina, residente en Lima. En 1992 obtuvo Mención Honrosa en Cuento, en los Juegos Florales “César Vallejo”, auspiciado por la Universidad Nacional de Cajamarca.



Ayllón Ricardo

Nació en el puerto de Chimbote en 1969. Estudió Derecho y Ciencia Política en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima. Es autor de los libros de poemas Almacén de invierno (1996) y A la sombra de todos los espejos (2001).

En 1997 fue premiado en los Juegos Florales Nacionales de Poesía de la Municipalidad Provincial de Huaraz. Participa de las siguientes antologías: Veinte cadáveres exquisitos. Poetas peruanos del 90 (Universidad Ricardo Palma, 1997); Luz hecha a mano. 12 poetas del noventa (Universidad Ricardo Palma, 2001); Poesía peruana contemporánea. Antología de La tortuga ecuestre (2003); 21 poetas peruanos, de Miguel

Ildefonso (2004); Out of Many – One de la revista Harvest Internacional (Universidad Politécnica de Pomona – California, USA, 2004); 21 poetas del XXI (+ 7). Generación del 90, del crítico Manuel Pantigoso (2005) y Yacana / 51 poetas (2005). Cursa la Maestría de Literatura Peruana y Latinoamericana de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Dirige el blog de literatura Tierra de promisión (<http://www.tierradepromision.blogspot.com/>).



Chávez Silva Jorge A.

1947. Pintor y escritor peruano nació en Celendín, también conocido como "Charro". Hizo sus estudios primarios, secundarios y superiores en su pueblo natal y actualmente desempeña en Lima el cargo de profesor. Su obra literaria se nutre de la temática celendina, resaltando con ardor las costumbres y personajes de su pueblo.

Obra:

- "El espíritu celendino" (anécdotas y crónicas),
- "Travesía del amor desesperado" (novela),
- "No hay tiempo para el amor" (novela histórica),
- "Cuentos del palenque" (cuentos),
- "Los siete jarabes" (cuentos), y,
- "Naufragio en el tiempo escondido". Novela en preparación.



Díaz Herrera Jorge

(Cajamarca, 1941) ha ejercido la docencia universitaria en Cajamarca, Trujillo, Lima e Iquitos, y ha sido profesor invitado en universidades de España (Madrid, Barcelona, León, Islas Baleares). Es licenciado en literatura, cuenta con estudios completos de doctorado en dicha especialidad y ha realizado investigaciones de filología en la Universidad Complutense de Madrid. Ha recibido numerosas distinciones, como el Premio Nacional de Fomento a la Cultura "José María Eguren", en 1972. Ha publicado los poemarios *Orillas* (1964) y *Aguafiestas* (1974); las obras teatrales *Comanche* (1970), *Ver para correr* (1968) y *El diablo también come uvas* (1968); los libros de cuentos *Alforja de ciego* (1975), *Mi amigo caballo* (1980) y *Cuéntame lo que nos pasa* (2004); y las novelas *La agonía del inmortal* (1985), *Por qué morimos tanto* (1995), *La colina de Irupé* (2003), *El Ángel de la Guarda* (2005) y *Pata de perro* (2007). Respecto a la literatura infantil, ha publicado la obra teatral *Los duendes buenos* (1964); la narración poética *Parque de leyendas* (1975); la colección de cuentos *Historias para contar, jugar y cantar* (2005) y *Sones para los preguntones* (2005); y los libros *Abecedario*, *Tabla de multibrincar* (2006) y *La gran hazaña* (2007). Entre sus ensayos figura *El humor en la poesía de Vallejo*, *Contra el Eguren que no es* y *El placer de leer a Vallejo en zapatillas*. Sus crónicas están dispersas por revistas y periódicos nacionales y extranjeros. Ha participado en diversos encuentros literarios dentro y fuera del país y residido prolongadas temporadas en Europa.



Díaz Izquierdo Gregorio

Escritor y cuentista peruano, nació en Sucre, Celendín, Cajamarca, reconocido director y productor de radio y televisión. Ha escrito guiones para los programas: "Hablemos del Perú" y "Culto al trabajo" difundidos por Radio Nacional del Perú; "La Doctora Corazón" emitido durante 15 años por Radio Programas del Perú, "Cuentos y Leyendas del Perú" difundidos por Telecentro (Canal 4 y 5de TV). Ha obtenido el "Premio CONCITEC a la Investigación" en 1989 por su trabajo "Acueductos Filtrantes en Cajamarca y



Naska", el trofeo "Ciudad de Lima" otorgado por la Municipalidad de Lima, por "Madre Tierra: Al Mejor Programa Cultural de la Televisión Peruana". Actualmente radica en Cajamarca.

Obra: Cuento: "La vieja Rosalía", **Novela:** "Tahuán".

Educarte

La Asociación Educarte es una institución civil sin fines de lucro que trabaja con niños, docentes y padres de familia, el tema de Fomento y Animación de la lectura a través del arte realizando talleres, seminarios, exposiciones y otras muchas actividades.



El eje de su trabajo es promover, animar y fomentar la lectura a través de actividades artísticas, desarrollando así las diversas capacidades del ser humano y considerando los factores cognitivos, espirituales y emocionales de cada individuo.

El arte es, en esta tarea, la principal actividad o estrategia fundamental. Docentes, y padres de familia (comunidad en general) son sensibilizados respecto a la importancia de la lectura en nuestra sociedad y los niños reciben la posibilidad de participar activamente en diversos programas. En concursos como el "Concurso de Creatividad Literaria Infantil" realizado en numerosas ocasiones, en las publicaciones resultado de estos concursos, así como en diferentes talleres para niños y adultos se muestra las posibilidades diversas de la promoción de lectura.

Garrido Malaver Julio

Nació en Quillamachay anexo del entonces caserío de Oxamarca, perteneciente al distrito de Sucre hasta 1934, en cuya municipalidad habría sido inscrita la partida de nacimiento, sin que este dato pueda probarse debido a que dicho libro fue sustraído del Concejo y las autoridades encargadas no saben responder del rumbo de ese libro como de otros documentos. Abogado de profesión, Garrido Malaver fue esencialmente, poeta de honda sensibilidad social.



Falleció en la ciudad de Trujillo a la edad de 88 años.

Su producción literaria es vasta y abarcó los géneros de novela, cuento, poesía y teatro. Laureado en 1929 por el Colegio San Ramón por su obra «Canto a la Raza», en 1940 obtuvo el premio del Botón de Oro en los fuegos florales universitarios.

Su obra más representativa lo constituye, en novela "La Guacha", y en verso "La Dimensión de la Piedra".

Izquierdo Cachi Jorge Wilson

Escribe **Jorge A. Chávez Silva**

Nació Jorge Wilson en 1941, en el pintoresco barrio del Cumbe y presenció maravillado en sus ojos de niño, el rudo y cantarino tráfago de los campesinos que confluían, por esa retorcida calle, con sus cargas a lomos de sudorosas acémilas, a mercar en Celendín.



Esas impresiones lo acompañaron en los duros años de sus inicios como docente en la zona rural de la provincia, en donde fue uno más de los campesinos que conoció en su niñez y a quienes tantas veces cantó en sus poemas.

Hizo sus estudios primarios en la Escuela N° 81 y la secundaria en el entonces Colegio Nacional "Javier Prado". Llevado por una sentida vocación docente estudió educación en la Escuela Normal de Cajamarca para luego seguir un post grado de Letras en la U.N.M.S.M. Como profesor inició su magisterio en el pueblo de Chalán, luego en Huañambra y finalmente en el Centro Base de Celendín.

La obra poética de Jorge Wilson ha merecido muchos elogios de personalidades de la talla de Manuel Ibáñez Rosazza, Luzmán Salas y Carlos Burga Larrea, quienes lo antologan entre los poetas más representativos de Cajamarca. Sin embargo, tenemos la firme convicción de que la obra de nuestro bardo se yergue por encima de esas apreciaciones y todavía no ha sido conceptuada en su verdadera dimensión.

Su firme inclinación por las letras lo ha llevado a incursionar en el periodismo escrito y radial. Ha escrito muchísimos artículos de crítica en varias publicaciones de todo el país.

Mires Ortiz Alfredo

Antropólogo de profesión, Alfredo Mires tiene como norma principal el respeto a la cultura autóctona, a la dignidad campesina y a los saberes del campo. Dentro de esta filosofía, la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca hace acopio de la tradición oral y la pública para ponerla al servicio del mismo campesino, respetando la autoría y características del lenguaje de cada relato. Así, han llegado a publicar 120 títulos en los últimos 20 años, garantizando a las comunidades que su tradición y sus conocimientos van a perdurar en el tiempo.



Con prolífica labor cultural en Cajamarca, dirige la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca, tiene una rica producción de carácter sociológica. Tiene publicados los libros: Qayaqpuma–Pintura Rupestre, Tomo 1; Red de Bibliotecas rurales de Cajamarca. Cajamarca, Perú, 2001; Arte Rupestre y afirmación cultural; Así en las flores con Coplita el fuego, la deidad colibrí en amerindia y el Dios alado en la mitología universal, de los coplares; El verbo se hizo

andares, Reflexiones sobre diálogo intercultural, La Bibliotecología y el mal ladrón; La peña escrita; Lo que cuento no es mi cuento, Cultura andina y tradición oral; Los ojos de Gabi, Qayaqpuma – Tomo 1, Qayaqpuma – Tomo 2, Qayaqpuma – Tomo 3, Qayaqpuma – Tomo 4.

Peláez Bazán Alfonso

(1904–1996) Poeta peruano, nació en Celendín. Estudió primaria en Celendín y la secundaria en los colegios San José de Chiclayo y Guadalupe de Lima. Ejerció la docencia y enseñó en el colegio Celendín, que luego se llamó Javier Prado y, hoy Coronel Cortegana. Fue subprefecto de Celendín en dos ocasiones. En 1944 obtuvo el PREMIO NACIONAL RICARDO PALMA, Las principales características de su estilo –según lo puntualiza José María Arguedas– son un admirable poder de síntesis y un manejo perfecto del idioma junto a su ancestral amor al terruño.

Obra: “Tierra Mía” – “Cuando recién se hace santo” – “Natacha” – “Reportaje en tres dimensiones” – “Espina de Maram” – “Sin título”.



Pereyra Terrones Jorge

JORGE PEREYRA, periodista, escritor y poeta. Nació en Cajamarca, Perú, el 20 de abril de 1952. Sus estudios primarios, secundarios y universitarios (Sociología) los efectuó en esa ciudad.

En 1972 se trasladó a Lima donde estudió la carrera de Comunicación Social en el Instituto de Periodismo “Jaime Bausate y Mesa” y posteriormente se desempeñó como articulista en la página editorial del diario “La Crónica” donde ganó un premio nacional de periodismo.

En 1978, durante la dictadura militar de Morales Bermúdez, y por la persecución política de la que fue objeto, salió a México en calidad de exiliado. En la capital mexicana trabajó en la

página internacional del diario “Universal”, en el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo y fue director de la revista de humanidades y ciencias sociales “Textual”.

En 1985 mudó su residencia a Estados Unidos para trabajar en la cadena de televisión Univisión. Posteriormente también trabajó en la cadena de televisión Telemundo y en el Noticiero Internacional NBC que se difundía a toda América Latina. En la televisión ha laborado como reportero, productor, presentador y director de noticieros.

Ha vivido y recorrido varios países de América Latina. Y como fruto de esas experiencias ha escrito un gran número de cuentos y poemas que han sido publicados en diferentes revistas literarias de España y América Latina.



Pita Alfredo

(1948) Poeta, escritor y periodista peruano, nació en Celendín, sus estudios de educación primaria los realizó en la Escuela N° 81, sus estudios de educación Secundaria los inicia en el Colegio Nacional de Guadalupe, en Lima, los prosiguió en Tarma, luego en Trujillo y los concluyó en Chiclayo, posteriormente estudió Literatura, Sociología y Periodismo en Lima y en París. han aparecido en diversas publicaciones peruanas e internacionales, así como en las antologías El cuento peruano 1980–1989 (Ediciones Copé, Lima, 1997) de Ricardo González Vigil, El cuento peruano en los años de la violencia (Editorial San Marcos, Lima, 2000) de Mark R. Cox, Cuentos del mar (Ediciones B, Barcelona, 2001), Cuentos de la tercera orilla (Banda Oriental, Montevideo, 2002), Miroir ou Mirage d'un continent (PUL, Lyon, 1987), Anthologie de la nouvelle littérature latino-américaine (Ed. Belfond-Unesco, París, 1991) de Rubén Barreiro S. y Olver de León, Anthologie de la littérature hispano-américaine du XXème siècle (PUF, París, 1993) de Jean Franco y Jean-Marie Lemogodeuc, Menaces (Ed. l'Atalante, Nantes, 1993) de Olver de León, Der corregidor reitet auf einem



Quiroz Amaya Daniel

Nació en Celendín el 22 julio 1943. Realizó sus estudios de Primaria en la Escuela primaria de varones N 85–Celendín, Escuela pre-vocacional de varones N 51–Celendín; secundaria en el Colegio Nacional Javier Prado 1956–1960 hoy Coronel Cortegana; superiores en el Instituto Pedagógico Nacional primer año y los concluyó en la Escuela Normal Mixta Celendín.

Título Pedagógico: Normalista : N° 16508G, Estudios de Sociología: Universidad Inca Garcilaso de La Vega, Bachiller en Sociología, Estudio de Derecho y Ciencias Políticas: Universidad Privada San Pedro, Bachillerato y Licenciatura, Diplomado en Geografía y Economía Política en la Escuela de Estudios Especiales de la Universidad Mayor de San Marcos–Lima. Actualmente está dedicado al Periodismo y a la Investigación Científica.



Trabajos publicados:

Valles y Roquedales de Celendín; Arqueología y Lingüística de los Marañoses; Grandeza Milenaria de los Marañoses–Kuelap; Bases Teóricas Para Interpretar el Arte Pre-Colombino y el Arte Barroco Colonial; Origen Judío Portugués de los pobladores de Celendín, publicado en la revista cultural "Espiga" N° 6; Bases teóricas para interpretar la Etno-Historia de Celendín folleto 1,2; El nombre de Celendín; Los Chilchos Pueblo Histórico Mitimae en Celendín; tiene por publicar Monografía de Celendín; Estamento Lingüístico Mochica–Marañón y Poemario. Más de 40 poemas.

Red de Bibliotecas Rurales

Es una asociación sin fines lucro. Constituye, a la vez, un movimiento educativo-cultural sustentado por campesinos cajamarquinos empeñados en el fortalecimiento de la comunidad, tomando el libro como herramienta animadora. Esta experiencia se desarrolla vía diversos quehaceres que enfrentan el analfabetismo como tal y por desuso. Lo que permite afirmar la capacidad de discernimiento a través de la lectura y su aplicación práctica.



El Departamento de Cajamarca es el punto donde se juntan los Andes secos del Sur y los Andes húmedos del Norte (Ecuador y Colombia). Pocas zonas tienen la diversidad de ambientes y micro climas de Cajamarca, que abarca zonas de sierra y montaña.

En esta diversidad, existen 620 Bibliotecas Rurales repartidas en los caseríos de las provincias del Departamento, cubriendo aproximadamente un territorio de 15.000 kilómetros cuadrados: se trata de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca, un proyecto de la sociedad civil que se inició en 1971 con el sacerdote de origen inglés Juan Medcalf.

Cada biblioteca se genera por la voluntad de una comunidad, que reconoce su necesidad y solicita la intervención de la Red de Bibliotecas Rurales (RBR). (...) Los libros se dan en préstamo y se leen también por las noches, familiarmente, frente al fogón, dado que estas comunidades no cuentan con servicio de electricidad. El que lee es generalmente un niño que asiste a la escuela. Los padres van siguiendo las letras mientras escuchan las palabras, y muchos terminan siendo alfabetizados por sus hijos.

El fruto de este esfuerzo constante, a través de 36 años de labor discreta y dedicada, es contundente: 94,000 usuarios al año, campesinos conocedores de sus derechos y, como un resultado adicional no calculado, la alfabetización de adultos.

El Asesor Ejecutivo de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca es Alfredo Mires Ortiz, quien recibió el premio "Somos Patrimonio" del Convenio Andrés Bello en la categoría sociedad civil, por la "Enciclopedia Campesina de la Red de Bibliotecas Rurales", obra que recoge los conocimientos tradicionales del campo cajamarquino, conocimientos que retornan al campo a través de las Bibliotecas Rurales.

Las Oficinas centrales de la RBR fueron construidas por medio del sistema incaico de la minka, que consiste en el trabajo comunal solidario para llevar a cabo una obra.

Alfredo Mires Ortiz

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR AGUILAR, Santiago Cristian

2010 Antología Personal, Escritores participantes en el IV Encuentro de narradores Peruanos
CIRO ALEGRÍA, Tomo II

BAZÁN BAZÁN, Guillermo

2010 Diario Virtual 1, Fondo Editorial del Concejo Provincial de Cajamarca.

DÍAZ IZQUIERDO, Gregorio

2010 Tahuán, novela. Fondo Editorial de la Municipalidad Provincial de Cajamarca,

GOICOCHEA CRUZADO, Antonio

2010 Paideia, poesía y narrativa, Fondo Editorial de la Municipalidad Provincial de Cajamarca.

GOICOCHEA CRUZADO, Antonio

2010 Teluria y ensueños, Fondo Editorial Municipalidad Provincial de San Miguel de Pallaques, Editorial Ornitorrinco, Lima

IZQUIERDO CACHI, Jorge Wilson

1995 Chalán, Tierra Prometida, mimeografiado, Celendín.

IZQUIERDO CACHI, Jorge Wilson

2007 Tempranías moduladas–cuentos. Celendín.

IZQUIERDO CACHI, Jorge Wilson

1995 Chalán, Tierra Prometida, mimeografiado, Celendín.

OLIVAS WESTON, Marcela

2003 Arte Popular de Cajamarca. Edición de Antares, artes y letras. Editorial Ausonia S.A.
Lima. 2003.

PELÁEZ BAZÁN, Alfonso

1993 Cuentos, Edición mimeografiada de Miguel Pereyra Pereyra. Celendín.

QUIROZ Haydée, Elena RIVAS y Gladys GUERRA

1978 La Artesanía Textil en San Miguel de Pallaques. Seminario de Historia Rural Andina.
Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

QUIROZ RIVASPLATA, Octavio

2010 Cuentos Orales Pallaquinos, Ed. Daniel el Profeta. Lima.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Manuel

2010 Literatura de Cajamarca N° 2, Cuervo Blanco Editores, Cajamarca.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Manuel

2010 Literatura de Cajamarca N° 3, Cuervo Blanco Editores, Cajamarca.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Manuel

2010 Voces en el fuego de la palabra. Cuervo Blanco Editores, Cajamarca.

SALAS SALAS, Luzmán

2010 Antología de la Literatura Infantil Cajamarquina. Lluvia Editores, Lima, 1981.

TORO MONTALVO

1991 Mitos y Leyendas del Perú. Tomo II, Sierra. AAFA Editores Importadores S.A. Lima

ZÁRATE BUSTAMANTE, Eber

2007 El Botón Dorado y otros cuentos. Premio Nacional Escribas Muchiks, 2007. Ópalo Editores.

INSTITUCIONES

RED DE BIBLIOTECAS RURALES

2001 Las comidas vivas y otros cuentos de Celendín. Asociación de Promotores de Salud-Celendín. Red de Bibliotecas Rurales. Alfredo Mires Ortiz. Cajamarca.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

1984 La Flor Azul, Serie Literatura Infantil, Libro Primero, Lima.

REVISTAS

MAESTROS DE CALIDAD, EDUCACIÓN DE CALIDAD

2008 Proyecto "Mejora de la Calidad Educativa". Gobierno Regional de Cajamarca.

ECO SUCRENSE

2009 Revista de actualidad, historia y cultura. Año V, Número V. 2009. Director Neptalí Zegarra Salazar.

FUSCÁN

2009 Órgano impreso de Celendín Pueblo Mágico. JULIO-AGOSTO-SEPTIEMBRE 2009/ AÑO III/N° 13.

PÁGINAS WEB

- www.apecaj.blogspot.com/
- www.cajamarca-sucesos.com/
- www.maran-ata.net/poemas/mis_poemas2.htm
- espinademaram2.blogspot.com/
- <http://bibliotecasruralescajamarca.blogspot.com/>
- <http://sucesos-cajamarca.com>
- http://es.wikipedia.org/wiki/Genaro_Ledesma_Lzquieta
- SAN MIGUEL DE PALLAQUES "Puerta del Cielo" / Cajamarca. CULTURA & SOCIEDAD
[pisadiablo100@hotmail.com/](mailto:pisadiablo100@hotmail.com)
sanmiguelcajamarca.blogspot.com/ – Víctor Hugo Alvítez Moncada
- www.risposteatutto.com/.../506984c-139-san_miguel_de_pallaques
- http://usuarios.lycos.es/auki/Bazan_Becerra/obras.htm
- <http://asociacioneducarteperu.blogspot.com/>

ÍNDICE

LITERATURA DE LA PROVINCIA DE CELENDÍN

Agradecimientos.....	3
Presentación.....	7
• Comentario	
Encender lecturas sin apagar culturas.....	9
El plan lector.....	11
Desafío de un plan lector motivado por la literatura regional	
• Cuento	
Cacho Blanco.....	15
El anciano Carmen.....	17
El brillante.....	19
El cuento del cartucho.....	26
El tordo.....	27
El todo terreno.....	29
Entre comadres.....	31
La coneja Dora sale de paseo.....	33
La sombra del Aneto.....	35
Las almitas.....	48
Nuestros antepasados.....	49
Querencia.....	50
Tahuán.....	53
Un burro magistral.....	56
Cuando recién se hace santo.....	58
Historia de un nombre.....	73
Regreso a casa.....	81
• Leyenda	
El fraile sin cabeza.....	84
La carreta de la mujer judía.....	86
La leyenda de la pampa de la culebra.....	88
La leyenda del cerro Tolón.....	90

La madre del pozo.....	92
Las comidas y la casa de Dios.....	93
• Crónica	
El primer automóvil en Celendín.....	94
El terno negro de César Vallejo.....	96
La carcerería de César Vallejo	98
Adendas	
Biografías	103
Bibliografía	110
Páginas web	112



ENCENDER LECTURAS SIN APAGAR CULTURAS



Organización
de Estados
Iberoamericanos

Para la Educación,
la Ciencia
y la Cultura

ISBN: 978-612-45538-8-2



www.oeperu.org

Cl. San Ignacio de Loyola N° 554. Miraflores | T. 518 7200 - 518 7224 - F. 243 0605

CELENDÍN

ENCENDER LECTURAS SIN APAGAR CULTURAS